

Fogwill

de

La introducción

Narrativa Hispánica



Lectulandia

La última novela de Fogwill —probablemente la que estaba corrigiendo antes de su muerte— es *La introducción*, una suerte de preámbulo para un epílogo. En ella se presenta a un narrador en una etapa avanzada de su vida, que visita dos veces por semana las Termas de Flores, un espacio de descanso suburbano donde practica diferentes actividades.

Nada en una piscina climatizada, hace gimnasia con un grupo de mujeres, toma algo en el bar, camina por el campo de golf. Pero el ejercicio y el esparcimiento no son solo un pasatiempo, sino que sirven sobre todo de excusa para reflexionar sobre la vida y para introducirnos, a través de la escritura, en la conciencia del otro, la del lector.

Fogwill

La introducción

ePub r1.0

Titivillus 26.09.2023

Fogwill, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

No hay mayor soberbia ni más tolerada que la de la ciencia médica. Encaramada sobre siglos de progreso, no pasa un día sin anunciar el perfeccionamiento de un método de diagnóstico, la invención de un nuevo medicamento o algún avance en la interpretación de los factores que determinan la enfermedad, la salud y el standard medio entre salud y enfermedad en el que estamos condenados a flotar. En esto la medicina científica es absolutamente eficaz y satisface el ideal humano de bienestar, felicidad y longevidad que parece un artículo tácito de la constitución del Estado Moderno. Para cumplir en plenitud estas metas colectivas la ciencia no necesita brindar bienestar ni felicidad a nadie. Le basta permanecer fiel a su programa de acumulación de conocimiento, celebrar su progreso incesante y exhibir sus estadísticas y pruebas de laboratorio. Mientras, los humanos siguen muriendo igual y cada vez son más los que ni siquiera llegan a nacer, pero son casos computables en el repertorio de excepciones que confirman la regla y no incumben a la ciencia ni a las llamadas medicinas alternativas. Entre estas predomina la homeopatía. Nunca se conocerá la efectividad de los agentes naturales que con tanto cuidado y ritual combinan en la trastienda de la farmacia homeopática. Es posible que el médico, el farmacéutico y los laboratorios que destilan esencias y tinturas-madre tengan respecto de la idea de cura la misma incredulidad que predomina en los medios científicos y universitarios. Pero ante ellos se presenta el mundo y su evidencia bajo la forma de un flujo de pacientes deseosos de creer y de someterse al tratamiento y al consumo. Y en eso la medicina alternativa es absolutamente eficaz y abundan pruebas de que satisface plenamente lo que su clientela reclama. De algún modo estos profesionales y empresarios han de saberlo y aciertan al despreocuparse de la enfermedad y sus causas para concentrar su trabajo en un objeto rimado que sería lo que el paciente siente.

Distinto es lo que ocurre con la literatura. Las novelas se escriben, algunas se publican, algunos llegan a leerlas y con el tiempo se las

olvida. En ellas todo puede estar en juego, salvo la vida humana. Fuera del cuerpo médico no hay imbéciles más soberbios que los escritores. Pero como la literatura de ficción es en sí misma una alternativa a la vida, no hay lugar en el mundo para una novelística alternativa y las constituciones de los Estados, que son ficciones de probada eficacia, omiten en sus artículos cualquier referencia al arte literario y a las múltiples actividades sociales y comerciales ligadas a él.

Subsanar esta falta no es el propósito de esta novela: se trata de una obra del siglo XXI y se limita a narrar lo que hacen, piensan, desean y padecen sus personajes, humanos del tercer milenio con deseos, acciones, sufrimientos y pensamientos que rondan la banalidad, aunque siempre algo provoca que una banalidad narrada termine pareciendo más digna de atención que la que cotidianamente habita el lector.

El lector: lo habíamos olvidado. Es otro efecto de la soberbia literaria. A semejanza del homeópata y de los funcionarios de la medicina científica, el autor siempre apuesta a encontrar una entrega paciente a la ilusión de cura o de algo y una sumisa obediencia a la extorsión de lo inevitable. Y eso, a pesar de que lo primero que se aprende escribiendo es que nada es inevitable, ni siquiera la vigencia del pacto de bienestar, eternidad y felicidad que liga a los personajes de la novela con sus lectores y a éstos con el sistema editorial en sus tres instancias: la compra, la lectura, el olvido. Recordemos lo que venía sucediendo:

Siempre las cosas parecen a punto de caer. Antes de salir había mirado los titulares de los diarios del día pensando que todo aquello terminaría derrumbándose. Ahora viajaba en la penúltima fila y pensaba en la inercia. Era cerca de las tres de la tarde y el ómnibus estaba semivacío. Desde su lugar pensaba en la inercia mirando las cabezas de todos los pasajeros, sus peinados, las nuca. A unos pocos alcanzaba a verles los hombros y las partes más altas de la espalda. Sería gente de mayor estatura, o que eligió viajar más estirada en sus asientos.

Desde aquí, pensaba, domino prácticamente todas las nuca, incluyendo la de la cabeza del chofer. Era una nuca de pelo ralo que encanecía hacia abajo hasta convertirse en un vello blanco y finísimo a la altura del cuello.

Y pensaba en la inercia y con ella en tantas cabezas que a un mismo tiempo acompañaban o repetían los movimientos del ómnibus. Aceleraciones, sacudidas, arranques y frenadas acompañaban esas nuca simultáneas, paralelas, todas a un tiempo, pero cada cual en su estilo, según su posición, según sus condiciones.

Tal vez influyera su propio peso, o el peso de los cuerpos que inevitablemente llevarían debajo. Y también debía influir el peso de los hábitos: las distintas maneras de viajar, de relajarse y de ceder o de sobreponerse a las fuerzas que actúan sobre uno mismo.

Reconocer un estilo en la manera con que cada cabeza se entrega al movimiento, producto de su peso, de su posición y de sus relaciones de masa y de distancia con el propio cuerpo, era parte de un pensamiento acerca de la inercia, que gradualmente tendía a convertirse en un pensamiento autónomo sobre el estilo. La noción de estilo en este párrafo también se aplica a las leves diferencias con que repetían o acompañaban los movimientos del ómnibus todas las otras cabezas.

La suya no. Su cabeza permanecía fuera de toda contemplación, libre de cualquier atribución de estilo. Estaba allí como si constatar la armonía y las inarmonías del movimiento mecánico de otras cabezas fuese la única misión

que tenía en el mundo y, por ello, el único motivo que lo habría llevado a abordar el ómnibus y a emplazarla allí, consigo, en la penúltima fila de asientos.

Pero había elegido aquel ómnibus para acercarse a la avenida Independencia, donde tomaría un taxi. Era su plan de aquella tarde: ahorrar parte del largo y costoso viaje en taxi hacia Las Termas. Sin embargo, al cabo de sentarse en la penúltima fila, el proyecto de economizar había cedido espacio —todo el espacio de la mente— a una reflexión sobre la inercia, que a su vez pronto se convirtió en una contemplación de nuca tan absorta como si nunca hubiese visto nuca y tratara de encontrar un significado coral a la expresión de esa docena de imágenes ovals desplazándose a la par y conjugando sus diversos estilos.

Él era uno de los tantos que pasaron sus vidas viendo nuca y nunca repararon en ellas hasta el extremo de interpretarlas como regidas por una armonía de conjunto. Esto podría ser una señal. Una señal de algo. Quizás se estuviera convirtiendo en hipnotizador.

Ensayó con una: seis filas adelante detectó una nuca de melena corta, canosa, grasienta, enrulada. Correspondía a una cincuentona con verrugas y arrugas, que tenía un aro morisco colgando del lóbulo de la única oreja que, por su ubicación, se alcanzaba a ver. Se concentró: sabía que no bastaba una mirada firme, clavada en esa nuca. Necesitaba elaborar un pensamiento chato, plano y filoso como una espátula capaz de atravesar la pelambre grasienta y el hueso occipital para curvarse dentro y terminar cubriendo con una bóveda de pensamiento hipnótico toda la mente de la arrugada mujer.

Pero, claro, su pensamiento-espátula no solamente debía ser filoso y firme para sortear la resistencia ósea. También requería que lo forjara con una aleación tan flexible como para cubrir y envolver la mente, y tan reflectiva como para que sus imágenes se confundiesen con las que espontáneamente estarían produciéndose en la vieja.

Por regla, las viejas en viaje viajan produciendo espontáneamente imágenes mentales que se les manifiestan con distintos grados de invasividad y pueden pasar o permanecer ocupando parte de su atención. Y las viejas, a semejanza de la mayoría de los pasajeros en viaje, jamás saben qué hacer con ellas. Nosotros tampoco: nadie sabe qué hacer con tantas imágenes caóticas. Por eso vale la pena ejercitarse en transmitir las mentalmente cada vez que se produce una conjunción favorable.

El derrumbe suele imaginarse como producto de una conjunción improbable y desfavorable de causas. Pero también podría pensárselo al revés. Están las causas, que siempre son conjunciones más o menos ponderables, y las conjunciones de causas, que es lo que se preferiría imaginar por cuanto en medio de la confusión del conjunto de conjunciones se establece una equivalencia entre saber y acertar, conjeturar y comprender, estar y sentir. Son maneras de desenvolverse en el azar. Era el caso del primer tramo de su viaje a Las Termas de Flores: el azar le presentaba un impecable conjunto de nucas dispuestas para el ejercicio de cierto poder hipnótico al que sólo faltaría dotar de una buena idea a transmitir para invadir provisoriamente la mente de aquella pasajera tan a su alcance...

La idea estaba ahí, bien al alcance de la mano de la mente. Era la inercia, pero en su totalidad. Sin duda la pasajera viajaba al borde de la conciencia de sus movimientos involuntarios que acompañaban y reproducían el ritmo de aceleraciones y bamboleos del ómnibus. Pero más allá de ese borde, lejos, lejísimo de su conciencia, estaba el resto de la inercia. Fuera de cualquier foco de atención estaba la tierra girando en torno a su propio eje y con ella giraban los pasajeros, el ómnibus, la calle, esa ciudad y todas Las Termas y las mesetas del mundo.

Y ese mundo girante, la tierra entera, casi esférica e incluyendo a su propio eje, se desplazaba a la vez hacia el noreste. No hacia su noreste, es decir, no hacia el cuadrante limitado por el norte y el este del planeta, sino hacia lo noreste ideal que se vislumbra en el cielo al proyectar sobre él la línea imaginaria que continuaría la humana dirección noreste: un brazo humano señalando hacia el norte y el este y un poco hacia lo alto.

Incalculable tanta velocidad en vuelo hacia una meta imaginaria, siempre trazando una curva en derredor del sol y nunca dejando de girar sobre su eje terreno. Esa velocidad curva y vertiginosa fundaba otra inercia que sometía a todos por igual y en ese momento su meta era integrar ambas inercias cósmicas en el escueto sistema inercial del ómnibus que los contenía a ella y a él. ¿Cómo llevar todo esto a la conciencia de la pasajera de la quinta fila, a través de sus grasientos rulos y sus densísimos occipitales? Aun descontando el poder hipnótico de la mirada fija de un pasajero de la penúltima fila de asientos, era un ejercicio de riesgo. Equivalía a interpelar a la desgraciada diciéndole:

—Ya sé, boluda, que con esta humedad y por tu edad te pesan mucho las piernas... Pero... ¿Sabés cómo te pesarían y cuánto pesarías vos misma si no

existiese esta fuerza ascendente que nos imprime el planeta girando...? ¿O acaso no sentís que a miles de kilómetros debajo nuestro pasa una línea imaginaria que representa el eje de este planeta en torno al cual su rotación, virtualmente, nos convierte en centrífugos reboleados...?

Era como inculcar en un instante las nociones de fuerza, cuerpos, cosmos y totalidad, a las que toda la larga vida de aquella pasajera, episodio por episodio, había transcurrido desalentando. Porque también en las historias de la vida hay un girar, alguna forma de rotación. Y aunque sea metafórica e imperfecta, tal rotación expelle con una colosal fuerza centrífuga cualquier imagen o idea que no gravite alrededor del núcleo donde se compacta lo indispensable.

Por eso el pensamiento elude incorporar el dato de la totalidad, y todo aquello que intente reponerlo escapa disparado como si fuese el resto fósil de un *big bang* de nociones ocurrido mucho antes de que uno naciera.

Y, efectivamente, la pasajera y él, junto a todos los que gravitaban en aquel ómnibus, asistían a los últimos estertores de una explosión primordial, aquella que los privó del todo. El comienzo de un relato no debería privarse de la posibilidad de invocarla, y, por nuestra parte, aprovechar un ocasional poder hipnótico para inocularla a una mujer entrada en años se presentaba, casi, como el deber de un escritor.

Pocos saben para qué sirven los relatos. Pocos humanos, y también pocos entre los humanos escritores. Y los que saben para qué, si se los pudiera convocar y reunir, jamás alcanzarían un acuerdo sobre el raro servicio del narrar que cada uno ha de representarse.

Sería más fácil imponer una representación unívoca del campo de fuerzas mecánicas y electromagnéticas que domina a los cuerpos todos y al propio cuerpo, que obtener un criterio común sobre la finalidad del arte de narrar. No hay recursos hipnóticos ni telepáticos que faciliten esa imposible concertación. Sea sobre los fines a los que apunta, sea acerca de los resultados de su ejercicio, se podrían compilar mil versiones sobre el narrar sin conseguir dos casuales coincidencias de criterio.

Y eso no sólo por las características de un arte que tiende a fundarse en la exacerbación de las diferencias sino también por las características de su objeto: la famosa finalidad, la tan proclamada meta que se persigue, es algo tan inasible que quizás ni exista.

Y, nuevamente, eso no sólo porque la finalidad, o la meta, tenga apenas una existencia virtual y tan conjeturada como la noción de fuerzas

gravitacionales que todos usan y nadie acierta a saber qué son, sino porque hasta su misma presencia virtual, fantasmagórica, siempre surge recortándose contra un fondo opaco de ignorancia del que parece alimentarse para brillar.

Sí: bien pensadas, estas nociones parecen nutrirse de la materia del fondo negro, opaco, mudo e intangible sobre el que cada conjetura necesita implantarse para brillar y al que sólo faltaría agregarle los adjetivos «inodoro» e «insípido» para despojarlo de cualquier chance de manifestarse a los sentidos.

Tarde advirtió que había exagerado. Había cargado las diversas nociones a inocular con extremo cuidado, las distribuyó minuciosamente sobre una lámina filosa, flexible y reflectiva, óptima para atravesar cualquier resistencia capilar, dérmica, ósea o mental y creyó haber conseguido que, como una espátula, su mensaje penetrase sin dañar los tejidos, y que, como un espejo, la brillante superficie metálica reprodujera cualquier imagen y cualquier corriente que circulase por esa conciencia desconocida.

Pero había pecado por exceso. Tal vez también por un exceso de cuidado. Eran demasiadas nociones juntas y demasiadas pretensiones sobre su meta. ¿Acaso pretendía provocar en la mujer el mareo agobiante de quien registra su propio girar horizontal y vertical dentro de una infinita rueda que a su vez gira vertiginosamente y lo expelle hacia un exterior imaginario...?

No sé qué pretendió. Jamás sabrá qué otros errores cometió. Justo esa tarde se habían dado las condiciones ideales: por un momento había temido que en la parada de Sarmiento y Victoria Militar —esa esquina que a la hora del cierre de los bancos se llena de público que vuelve hacia sus barrios— subiesen nuevos pasajeros y estropeasen la armonía de conjunto que en apenas diez minutos de viaje habían consolidado. Pero en Victoria Eme el ómnibus ni se detuvo y de no haber sido por un semáforo intermitente sobre avenida Belgrano habría seguido bamboleándose sin detenerse hasta el momento en que, resignado al fracaso, se puso de pie, caminó hacia la puerta de salida y oprimió el botón del timbre alertando al chofer de que se disponía a bajar en la avenida Independencia.

Bajó. Saltó un charquito. Siempre hay charquitos en esa esquina de Independencia. En el de aquella vez quizá se estuviera reflejando algo: un edificio antiguo de fachada grisácea cagada por las palomas del barrio, o un pedazo de cielo azul. El cielo estaba azul: pensó que más azul que nunca. Desde la vereda intentó ver la cara de la mujer de la quinta fila, pero el chofer

aceleró y por la pereza de correr, se resignó a perder esa imagen, que, de todos modos, nada habría de revelar.

Nunca sabrá que iría expresando aquella cara. Son infinitas las cosas que nunca sabrá. Pero en aquel momento no le importaba ignorar: sólo le preocupaba elegir un buen taxi para llegar cómodamente relajado a Las Termas de Flores.

Dejó pasar un par de autos de aspecto descuidado y abordó un nuevo modelo de Peugeot que llevaba un anuncio prometiendo servicio con refrigeración.

No era una tarde de calor. Iba a Las Termas y ya anticipaba su placer, su dolor, las rutinas de lunes y jueves de aquel invierno. Jueves, lunes: tardes y anocheceres iguales entre las cuatro y las nueve y media de la noche. Rutina de Las Termas: jamás sintió curiosidad de saber por qué suele hacer estas cosas, contraer hábitos, dilatar el desenlace de las cosas inevitables.

Era como si hubiese más de un tiempo: no menos de dos. Los hábitos y las repeticiones de la vida se producen sólo sobre uno de estos tiempos. O tal vez los produzcan: no se puede saber si el tiempo está allí con sus pequeños orificios de momentos para que alguien vaya enhebrando en ellos los actos de su vida, o si son los actos los que van creando y empujando la larga cinta del tiempo para que exista un punto donde volver real a cada cosa que vaya apareciendo como un ensueño de la costumbre, o de la voluntad.

El otro tiempo sólo se le parece en su desplazamiento inexorable, pero no va avanzando a saltitos hacia el futuro. Es el futuro vertiginoso quien lo trae hacia atrás, hacia la máquina del presente que lo inyecta en la vida. El taxi pertenecía al tiempo de los hábitos. Era como si él mismo estuviera creando a aquel auto, o a su chofer, en un tiempo blando y obediente a su voluntad. Pero debía haber otro tiempo. Estaba en el futuro, hacia enero, en un invierno europeo circulante y ocioso. Y en la posibilidad de aparecer allí, disolverse y ser otro.

El del Peugeot se sorprendió. Como lo había visto bajar de un ómnibus se resistía a creer que fuese a Las Termas.

—¿A Las Termas...? ¡Lunes tempranito y a Las Termas...! ¡Usted sí que sabe darse la buena vida...! Pero le aviso que tengo que cobrarle un recargo de dos pesos por la oblea...

¡Cobrar dos pesos por la oblea! Sería su manera de compensar la envidia por la buena vida que le había atribuido. Para él una oblea era una galleta rectangular, de masa quebradiza y rellena con una crema de esencia de vainilla y azúcar impalpable. Algo que jamás comería.

—¿Qué oblea? —preguntó.

—La oblea de los piquetes... Al que no les compra la obleíta lo desvían a una bocacalle y lo retienen cuarenta minutos...

Entendió que «oblea» se refería a algún impreso que usarían los menesterosos para colectar fondos. Semanas antes, yendo en su auto a una reunión en el Concord de la autopista, había tenido que comprar en un piquete dos estampas religiosas: un peso con cincuenta cada una. El equivalente de tres dólares por un tramo de cinco kilómetros y por dos imágenes mal impresas.

Una representaba al clásico San Jorge, montando un caballo negro y blandiendo una espada descomunal que, proyectada a escala real, pesaría el doble de su cuerpo guerrero. La otra era la foto retocada de un cantante de bailanta: pelo enrulado, rasgos de toba o de mataco, casaca de torero, pantalones de símil piel de víbora, botas altas de cuero amarillo. Sobre la cabeza del muchacho habían dibujado una aureola que parecía un tubo de neón cerrado sobre sí mismo: significaría santidad.

La imagen de San Jorge tenía en el dorso una oración de paz y la licencia eclesiástica rubricada por la Parroquia del Sagrado Corazón de la localidad de General Álvarez. En el reverso de la foto del moreno había un texto «*arriba Celestino / hermano milagroso / nos miras y nos guías / todos los santos días...*». No había oraciones ni licencia eclesiástica.

Conservaba las dos estampas en su cartera de tarjetas. Hubo un momento en el que pensó agregarlas a la rendición de viáticos a los del Concord, junto a los tickets de peaje y las facturas del restaurant. Pero tres dólares irrisorios, según el ánimo de los de tesorería, podrían llegar a parecer un chiste de mal gusto. Ahora las llevaba consigo. Sintió el impulso de mostrárselas al chofer. Consiguió dominarlo.

El hombre seguía hablando de los piquetes y sus obleas.

—Las van perfeccionando... —decía—. Ahora algunos las hacen chiquitas, con papel de estampillas medio engomado para que la gente las pegue con saliva en los vidrios del auto. Hay azulcitas, rojas y celestes, según el precio... Se están perfeccionando mucho los piquetes... —Hablaban y hablaban, enumeraban—: El viernes estaban todos afuera, en la Street. Sábado y domingo no jodieron. Van dos o tres fines de semana en los que no aparecen así que por ahí empezaron a respetar feriados. El lunes estaban en el cruce de Barrios Nuevos. Hoy, por la radio, ellos mismos anunciaron que van estar en la Bonorino cortándola todo a lo largo. Así que...

—¿Así que qué...?

—Y... Así que no hay manera de llegar a Las Termas sin cruzárselos y pagarles la oblea...

—No es tanta plata, dos pesos... —dijo él desentendiéndose del probable tono de amenaza que había adoptado el chofer.

—Cuando se puede pagar, no es tanto. Pero si uno no tiene la plata y se tiene que quedar en la cola esperando, es mucho...

—Mucho no... —dijo él—. En ese caso es todo.

—Todo... Pero con el tiempo uno se va acostumbrando a todo. ¿Va seguido a Las Termas?

—Sí... O mejor dicho no: dos veces por semana voy...

—Bueno para la salud... ¿No es cierto? Yo me acuerdo cuando empezaron a construir y a hacer los terraplenes y la perforación con esas torres... ¿Las vio?

—Las veo siempre a la entrada...

—Pero... ¿Las vio andando cuando empezaron las perforaciones...? —Él dijo que no lo recordaba y el tipo describió—: Impresionaba... Era un espectáculo impresionante. Día y noche las luces, la vibración, el ruido... ¡Impresionaba! —repitió—. Entraban a cuatro mil metros de profundidad...

—¿No era a cuatrocientos...?

—No... A cuatro mil... Cuatro kilómetros de profundidad me dijo un ingeniero que trabajó en la obra... Y lo dijeron también en un especial de televisión: cuatro mil y pico de metros...

—Cuatrocientos o cuatro mil, igual es mucho... —dijo él, y seguía convencido de que la napa térmica no debía estar a más de cuatrocientos metros de profundidad. Sería fácil averiguarlo esa misma tarde, si valiese la pena. Pero esa era otra de las cosas que no valían pena alguna. Y no tenía ganas de discutir. Ni de nada. El chofer sí: el tipo tenía ganas de algo y volvía a hablar de «darse la gran vida»:

—Cierto que con la entrada más todo lo que uno debe gastar adentro cuesta montones de guita, pero vale la pena... Pileta calentita, masajista, alguna minita... ¡Hay que aprovechar...!

Claro que habría que aprovechar. Anticipaba las rutinas de aquel lunes y pensaba en el dolor y en los placeres de Las Termas sin terminar de distinguir a uno de otros.

Con todas las cosas de la vida ha de suceder lo mismo, pensaba mientras se acercaban a la Bonorino. No conocía mucho ese barrio pero el tránsito por la avenida se enrarecía haciéndose cada vez más lento. Según el chofer, la culpa no era de los piqueteros sino de los que se empeñaban en no pagar y aceptaban ser desviados a calles sin salida, donde se quedaban escuchando la radio a la espera de que venciese el plazo de castigo: a veces veinte, otras treinta o cuarenta minutos. Hay mucha gente sin apuro. Hay como un pacto de caballeros, decía el chofer, y entre los piqueteros siempre hay alguno que se ocupa de que no se produzcan excesos.

—¿Ve éstos? —preguntaba—. ¿Ve éstos que miran el reloj y hacen señas de que circulen los de la bocacalle...?

Eran, según él, los que controlaban que ningún castigado sufriese demoras de más de cuarenta minutos. Decía que algunos entraban en conversación con los de los autos, y que a veces, si alguien lograba convencerlos de que en verdad no tenía dinero, hasta le emitían pases libres para el resto del día.

Las obleítas parecían estampillas de correo con los bordes festoneados e impresión offset. La que les tocó aquella tarde tenía la imagen de una cabeza de Apolo. Seguramente las producían con matrices de impresión recicladas, recortes de películas que antes se usaron para imprimir libros o revistas, o viejos clichés que se consiguen en los remates de imprentas quebradas.

Hubo un momento —siempre hay momentos— en el que creyó ver que el piquetero a cargo de la plancha de obleas intercambiaba un guiño con el

chofer. También notó cierta morosidad en el proceso de intercambio de dinero. Casi se convenció de que ya habrían montado un sistema de descuentos o de comisiones y que el chofer retenía una de las dos monedas de un peso, o que había recibido como vuelto una dorada moneda de cincuenta centavos. No era improbable que ese tipo de arreglos ya se hubiera empezado a implementar. Sería otro de esos «pactos de caballeros» que tácitamente, de un día para otro, entran en vigencia sin que nadie se entere.

Había sido el del Peugeot el primero en hablar de pactos de caballeros y durante todo el trayecto desde la zona de corte hasta el puente de ingreso a Las Termas lo siguió rondando la idea de «pacto» y la imagen de «caballeros» representada como un grupo de señores entrecanos, elegantes, que fuman parsimoniosamente sus habanos en un club inglés de comienzos del siglo pasado. Tanta *boiserie*, tapetes verdes, tapizados magenta y sedas multicolores debían tener un efecto balsámico y tan comfortable como una flotación a oscuras en aguas hipersalinizadas y mantenidas justo a cuarenta y cuatro grados centígrados.

Tendría que haber un club inglés en Las Termas. Pero la rutina de los lunes y jueves de aquel invierno comenzaba a la inversa de lo que preferirían los *clubmen*. Ellos ahí, hace un siglo, constituían una sociedad balsámica fundándola sobre la absoluta exclusión de mujeres. Su rutina, al revés, comenzaba a las cuatro de la tarde porque a esa hora daban la primera sesión de gimnasia de mujeres, a la que concurría.

Y no era el único hombre. Había otros, alguno gay, pero también había boxeadores y profesionales de perfil nítidamente masculino, aunque eso es algo que nunca se puede saber. En su caso, había elegido esas sesiones por consejo de un entrenador:

—Coordinan mal. A ustedes lo que les falta es coordinación. Lo que tendrían que hacer es anotarse en algunas clases de gym-box, o de gym-dance para mujeres. Alternar el entrenamiento con algo más coreográfico, que los obligue a coordinar un poco en vez de usar tanta fuerza y tantos movimientos al divino pedo... ¡Hagan la prueba por un tiempo...! ¡Inscríbanse!

Él no necesitó inscribirse porque para hacer uso de cualquiera de los servicios colectivos de Las Termas bastaba pagar puntualmente la matrícula mensual y aprobar las periódicas revisiones médicas. Había muchos cursos de esos géneros recomendados. Optó por aquel de las cuatro para no alterar una rutina que, hasta entonces, comenzaba a las cinco de la tarde. Imaginaba que sería el único varón del grupo y que las mujeres se burlarían de su torpeza.

Pero había otros tres varones que jamás faltaban, y con frecuencia se agregaban dos o tres más que concurrían esporádicamente.

Y las mujeres no se burlaban. En general, nadie reparaba en los otros, salvo en los instructores, y esto sólo para registrar sus órdenes y, a veces, para inspirar sus movimientos en las figuras de tensión o equilibrio que representaban con sus cuerpos. Salvo el instructor, o algún asistente que en ocasiones se integraba para ayudarlo con los ejemplos y en la imposición de ritmos, nadie existía para nadie. Ni eran personas. Al parecer, el ideal coreográfico de una veintena de cuerpos dispares se alcanzaba con mayor facilidad cuando cada uno actuaba automáticamente y prescindiendo de cualquier idea de conjunto.

Le sucedió al comienzo: bastaba reparar en los movimientos del cuerpo de cualquier otro participante y pensarlos como modelo, para perder el ritmo y, a menudo, confundir su derecha con la izquierda, o acoplar el compás de golpes de talones o de punta de pies al ritmo que debían estar ejecutando los puños.

Dos pasos a la izquierda y uno hacia delante con el mismo pie derecho que inició el desplazamiento. Y los tres pasos acompañados por cuatro golpes sucesivos de puño derecho hacia adelante que deben sucederse con un solo gancho de izquierda, abierto y ascendente, sin que alternancias y repeticiones se acoplen al ritmo de cada pasito.

Es algo imposible de memorizar e imposible de realizar, siquiera una sola vez, si se lo piensa o si se atiende a los mismos movimientos que realiza un compañero de curso.

Y ni tratar de inspirarse en los movimientos que el instructor ejemplifica enfrentando al grupo. En ese caso lo izquierdo se convierte en derecho, el avance en retroceso y la doble inversión del plano transversal y del longitudinal se vuelve más desconcertante en tanto el eje vertical permanece intacto. Sucede como con los espejos, que parecen obedecer la ley de gravedad: invierten las imágenes de derecha a izquierda, pero nadie se ha visto invertido verticalmente en un espejo plano.

Es como si de ese modo la mente se contagiara la natural torpeza del pie y los cuatro miembros cobrasen la impunidad de la mente, confundiendo, ellos también, el representarse hacer con el propio hacer y sintiendo que el tiempo físico en el que se desplazan huesos, músculos y articulaciones es tan reversible y modulable como el tiempo imaginario de la mente, la voluntad y los relatos.

Pensaba esto poco antes de llegar al puente de Las Termas, y miraba la nuca del chofer. Sin armonía con la inercia del Peugeot, se movía de derecha a izquierda y parecía negar algo con la mansedumbre de quien se resigna a lo inevitable.

No descartaba que el hombre, al cabo de quince kilómetros de viaje, siguiese interiormente la disputa sobre la profundidad de la fuente subterránea de aguas salinas. En nada cambiaría su vida si la napa térmica estuviese situada a once, ochenta o ciento cincuenta mil metros bajo la superficie del barrio de Nuevo Flores. Sin embargo, la discusión lo había contrariado más que la demora que les había impuesto el piquete. Varias veces había visto al chofer consultando su reloj pulsera y pensaba que todo era tan caprichoso como la medición del tiempo: nada en sus vidas ni en sus destinos sería diferente si en vez de nueve, hubiesen empleado once o catorce minutos en recorrer aquel tramo de la autopista. Sin embargo el chofer consultaba el reloj: necesitaba corroborar el paso del tiempo.

El tiempo de la mente tiene eso: una intensidad propia que arrastra a los choferes y a las personas en general hasta el punto de que si no se detuvieran frente al reloj, o sobre una banquina donde la sombra de un árbol brinda una idea aproximada de la declinación solar, podrían llegar a sentir que el tiempo mental terminó por imponerse al mundo, y entonces pudo haber transcurrido toda una vida, o pudo revertirse la misma vida cayendo en algún punto del pasado al que nunca se debería volver.

Si la nuca del chofer se pudiera plegar sobre sí misma como el telón de un teatrillo de barrio, exhibiría lo que hay más allá: no sólo una masa húmeda y gris de materia orgánica temblando al compás del pulso de una red de vasos sanguíneos colorados y azules, sino también su centro imaginario, la mente, esa esfera hueca de un intenso amarillo que envuelve el espacio mental donde transcurre el caprichoso tiempo del cálculo, de la memoria, el de la voluntad, la pasión, los relatos.

Allí se vería bien cómo la mente se desplaza y hasta cómo puede estar en dos o tres lugares simultáneamente, se vería bien cómo el tiempo se detiene, corre hacia delante o se retrotrae al pasado y se advertiría cómo todo es efecto de su capacidad de simultaneidad, es decir, del poder de dividirse y estar al mismo tiempo en un durante que es ahora, y en otro que duró antes y es el antes. Y hasta se podría advertir, con un esfuerzo también mental, cómo esa facultad de poder estar al mismo tiempo antes y ahora es la que habilita a la

mente a proyectarse hacia el futuro. Se veía bien que, para estar bien en el futuro, basta atribuir al durante ser un antes y sentir como, por su propia naturaleza, va creando un después a semejanza de lo que estuvo haciendo durante todo el tiempo cada antes con el ahora que lo fue sucediendo.

Pero las nucas nunca son plegables ni desmontables y la pantalla que habría detrás y que sería el lugar donde cada chofer imagina, piensa, quiere o recuerda, es ilegible, invisible y tan imaginaria como la materia que la compone.

Por eso su contenido sólo es accesible a la imaginación. En el curso de un diálogo, aun en el curso de uno de esos diálogos en suspenso donde el otro, contrariado por la incredulidad de su interlocutor, se refugia en su certeza sobre la profundidad de una napa o sobre la naturaleza de lo que cree es la buena vida, pocos reparan en la cantidad de energía que se dilapida imaginando lo que cada interlocutor, a su vez, imagina.

Los instructores de ejercicios de alta complejidad lo saben, pero aplicado al estrecho marco de su actividad en el gimnasio.

—Su agotamiento —dijo uno— en parte sí es consecuencia de lo que estuvo haciendo en estos cincuenta minutos, pero lo que más lo cansa es todo lo que estuvo intentando no hacer...

En sus palabras, quería explicar que cuando el discípulo aprende a querer hacer solamente lo que debe hacer, cesa todo el esfuerzo mental y muscular que se derrocha evitando que el cuerpo haga lo innecesario. Millares de actos que no se ejecutan, calorías que no se consumen: energía que queda disponible para un empleo más productivo.

Aunque tal vez «productivo» no sea la expresión adecuada para ese tipo de resultados.

Tácita, la noción de productividad debía integrar de alguna manera la idea que el taxista se había formado de Las Termas de Flores. De lo contrario no se hubiera obstinado en su argumentación en favor de la profundidad diez veces mayor que atribuía a la fuente de las aguas. Si fuese, como creía, un lugar donde va gente a darse «la gran vida», la napa no merecía estar a la profundidad de las fuentes de agua potable o de las reservas petroleras más accesibles. Una gran vida merece y reclama mucha profundidad. No sería improbable que los administradores de Las Termas incentivaran ese equívoco. No habría que contrariarlos: por un momento pensó que no debió haber insinuado una duda sobre los supuestos cuatro kilómetros de perforación. Y

en el momento de bajar, poco antes de pagarle junto a la garita del puente de acceso a Las Termas, pensó decirle al chofer que había recordado y que, en efecto, tenía razón, que eran cuatro mil metros y que él había podido verlo en un diagrama expuesto en la pared de la administración.

Pero, si lo había visto, ¿por qué lo habría olvidado? Era una argumentación endeble. Eligió no decir nada, pagar el viaje, agregar dos pesos compensando el pago de la obleíta y dejar que el hombre emprendiera su viaje de vuelta a la ciudad con sus certezas y sus dudas intactas.

A su manera, la idea de productividad también debía intervenir en la noción de darse una gran vida que muchos suelen representarse. Para cualquiera de las actividades improductivas que supone una vida grandiosa se requiere una superproducción de torres, pozos, fosos, escenarios, excavaciones, luces, y recintos. Todo debe estar muy por encima, muy por debajo o muy alejado de los límites de la normalidad de la pequeña vida. Y cuando la dimensión es cuantificable en unidades, metros, dólares, grados de temperatura del agua o número de repeticiones de una flexión de brazos, hombros o cintura, suele requerir que se supere lo habitual en una escala medida en múltiplos y que sea dos, diez o cien veces mayor o menor que en lo que en la pequeña vida sería una cantidad usual.

En el vestuario, cambiándose, cuando faltaban diez minutos para el comienzo de su curso con mujeres, pensaba en la complementariedad entre lo usual y lo inusitado. Uno y otro parecen necesitarse mutuamente para cobrar sentido. Tal vez, pensaba, si no se produjese un pequeño número de Ferrari y Lamborghini fuera de serie, capaces de rendir trescientos cincuenta kilómetros por hora, el mercado de demanda de BMW, Lancia y Audi que superan apenas los doscientos por hora tendría menos atractivo. Tendría que analizarlo mejor, pero ahora debía disponerse para la sesión de la tarde, el primer tramo de su programa de esa jornada en Las Termas. Pensó en el nuevo instructor, un oriental que hablaba un español castizo, casi retro. Era filipino.

El asistente que a veces colaboraba en las sesiones de gym era negro, de Brasil, altísimo. Era instructor de capoeira pero esa especialidad no interfería su trabajo en las clases. Parecía un jugador profesional de basket y podría haber pasado por un americano de la liga del sur.

No eran el único personal exótico. En el plantel de Las Termas había masajistas vietnamitas, un instructor japonés y un par de negros de Sudán, tan orgullosos de su islamismo que cuando el trabajo en las piletas térmicas les dejaba un intervalo de tiempo libre, se retiraban a los jardines o al campo de golf y se acuclillaban para presentar sus oraciones mirando hacia La Meca.

Había también algunos americanos y un instructor de ski suizo-francés, pero no había chinos ni coreanos. Esto probaba el snobismo exacerbado de los administradores de Las Termas. Chinos de Taiwán y del continente y coreanos del norte y del sur componen una corriente migratoria intensa. Hay chinos y coreanos, como se dice, «al alcance de la mano» de cualquier habitante de la ciudad y nadie se sorprendería por encontrarlos en el personal de cualquier institución. Distinto el caso de un filipino, o de un senegalés y de todas esas razas y lenguas que parecen surgidas de napas humanas inaccesibles.

Tal vez hubiera acuíferos térmicos a pocos metros de la superficie de la ciudad, pero haber perforado y tener funcionando trépanos y centrífugas muy por debajo del límite habitual de las fuentes de agua, de tosca o de petróleo, era, desde la perspectiva de esa gestión exacerbadamente snob una condición necesaria para «profundizar», como se dice, la distinción, las diferencias.

No el vapor, pero sí el olor de las aguas termales impregnaba el vestuario. Era un olor sulfuroso y levemente amargo que no terminaban de neutralizar los antisépticos del piso, los jabones y lociones que abundan en los vestuarios, ni el olor a abedul y maderas resinosas que venía del sauna de varones, ubicado en el ala norte del mismo bloque del edificio.

Llevaba un tiempo habituarse a ese olor de las aguas. Y saber de antemano que estuvieron comprimidas durante decenas de miles de años, a una temperatura muy superior al punto de ebullición, no libraba a los visitantes de la percepción de un vago aroma a materia orgánica descompuesta.

De aguas tan salobres el público experimentado por una vida de turismo espera una intensificación del perfume del mar. Pero el olor de Las Termas, causado por un ínfimo resto de gas metano, sugería todo lo contrario de los mejores aromas del Pacífico y del Caribe: si a éstos se les asignase simbólicamente un color amarillo radiante, a las aguas de las termas, una vez aquietadas, les correspondería un marrón negruzco e irregular, con vetas rojizas en alguna parte y grumos azulinos en otras.

Pero una vez aquietadas, después de brotar a altísima presión desde las gruesas serpentinas de los radiadores refrigerantes, las aguas perdían ese color lechoso producto de infinitas burbujas microscópicas y en las piletas se las veía de un color verde esmeralda cristalino. Era el color del isologotipo de Las Termas que impregnaba todo.

Las gorritas de los instructores y las zapatillas de las mucamas y el personal de mantenimiento eran de ese mismo color, algo atenuado y en degradé. En cambio, entornando los ojos al entrar al salón de su clase, el grupo de compañeros, con sus equipos de gimnasia, zapatillas deportivas y mallas de baile de tonalidades fluorescentes, se veía como una mancha puntillista de un color indefinido y móvil que contrastaba con la imagen cálida, uniforme e inmóvil del piso: una trama dorada de tablonces de incienso unidos apenas por delgados tarugos de madera gris trabándolas hasta la eternidad.

Lo mismo ocurría en los instantes de extrema ofuscación o agotamiento.

Había ejercicios especiales que los provocaban. Como toda la nueva promoción de instructores, el filipino estaba obsesionado con la elevación del dosaje de creatina en los músculos. No había clínico ni especialista en medicina deportiva dispuesto a confirmar si el aumento de los niveles de creatina era deseable o perjudicial para la salud del deportista. Se suponía que este aminoácido se sintetiza naturalmente como respuesta a esfuerzos extremos ejecutados en períodos breves de tiempo. Y había bastante coincidencia en que, a mayor creatina, mayor capacidad del músculo para dar una respuesta rápida y mejor disposición del cuerpo para tolerarla y de la voluntad para emprenderla.

Eso lo había verificado al cabo de una temporada asistiendo a dos sesiones semanales del filipino. Gradualmente, muchas cosas que desalientan con sólo imaginar la necesidad de hacerlas se le representaban seguidas de inmediato por un impulso irresistible a actuar.

Era un entusiasmo distinto al de las drogas estimulantes, que impulsan a hacer cosas para las que uno no está dotado y terminan en el fracaso o en un intolerable malestar. Era como si por la creatina, o por la sugestión del entrenamiento, el cuerpo se equivocase menos cuando, automáticamente, presentaba el balance de sus reservas y condiciones para ejecutar determinada acción. En muchos aspectos equivalía a viajar con una tarjeta corporativa y con la certidumbre de que habría alguien, en algún lugar, dispuesto a pagar todos los gastos sin discutir detalles.

Distribuidos en tres intervalos de dos minutos a lo largo de cada sesión, los ejercicios que el instructor proponía para incrementar las reservas de creatina en músculo comenzaban cuando la gente del grupo había llegado a un nivel de agotamiento standard: el estado que, si sorprende al corredor o al nadador en el curso de un entrenamiento solitario, lo impulsa a desistir y a concederse unos minutos de oxigenación y descanso, y que, en cambio, experimentado colectivamente, se debe dominar por la presión del grupo y la vigilancia de instructores y asistentes. En esos momentos, el filipino exigía un breve ejercicio respiratorio, con extensiones de miembros y respiración forzada destinados a hiperoxidar la sangre y de inmediato les imponía alguno de los ejercicios que llamaban «creatinógenos».

El más frecuente, o el que por más temido era más recordado, era esa serie de cincuenta saltos con sobrecarga. A él, por su edad y su estado, lo sobrecargaban con una barra de quince kilos, que debía elevar dos veces por encima de los hombros en el curso de cada salto: una al saltar, otra en el instante de caer y de disponerse para un nuevo salto.

El dolor en los hombros y antebrazos, la absoluta necesidad de aire, la total imposibilidad de tomar un aliento indispensable y la sensación de que el cuerpo se dividía en dos partes con la mitad inferior de las piernas clavada al piso y paralizada, antecedían a lo que llamaba ofuscación: dejar de sentir todo, salvo el dolor de brazos, hombros y muslos, el vacío de aire en los pulmones, y el retumbar dentro del tórax donde el corazón, acelerado al máximo, buscaba espacio para dilatarse antes de ejecutar lo que tendría programado como su última contracción.

En la ofuscación se dejaba de ver. El instructor, el grupo, el ventanal que daba al jardín de las acacias y las palmeras, todo se convertía en una mancha impresionista compuesta de grumos de movimiento azulino y rojo que se recordaba como un fondo áspero marrón negruzco.

—Hoy hicimos dos creatinas... —comentaba alguien al finalizar la sesión, junto a los *dispensers* de agua mineral donde la mayoría iba a rehidratarse.

—No... —corregía otro—, dos no. ¡Hoy hicimos cuatro!

Pero no había nadie, ni hombre ni mujer, capaz de recordar cuántos intervalos de esos ejercicios les habían impuesto aquella vez, ni cuáles fueron los ejercicios del día o en qué orden estuvo dosificándolos el filipino.

Las mujeres la pasaban mejor, o recordaban mejor. La mayoría de ellas podían acompañar los ejercicios sin complementos de peso, siempre con el pretexto de no aumentar su masa muscular.

Pero tampoco recordaban mucho: en su escala, padecían una ofuscación parecida a la de los hombres.

Distinta la ofuscación del vuelo. Muchas veces en el gimnasio recordó las postrimerías del *loop* y el promediar de la prueba del martillo donde se producían esos instantes de ceguera que tantos accidentes provocan en el vuelo acrobático.

El velero trepa y asciende cada vez más. Cinco, seis mil, siete mil pies de altura: gradualmente la aguja del velocímetro se acerca al cuadrante rojo que indica menos de cuarenta nudos, velocidad límite a partir de la cual no hay fuerza suficiente ni para vencer la resistencia del aire blando de las alturas. Entonces llega el momento en que el peso deja de sostenerse en el viento sobre el que patinaba y la proa, como vencida, apunta hacia abajo y comienza la caída en picada incontrolable, la extrema aceleración que pronto alcanza a los ideales setenta nudos de velocidad. En instantes todo a bordo deja de pesar, la aguja salta intervalos de diez nudos: de ochenta a noventa, de ahí a ciento veinte y ciento cincuenta, y se acerca al cuadrante rojo que indica el límite de resistencia de la máquina y el piloto detiene el vuelo en caída aplicando los alerones o el timón de profundidad y levanta la proa. Todo se frena. ¿Obedecerá esta vez? Ahora, no bien se ve el piso de la tierra inclinarse hacia abajo y desaparecer del paraviento dando lugar a un blanco de nubes y azul de cielo, el cuerpo, que había dejado de pesar en la caída, empieza a pesar cada vez más, recupera su peso, pasa a sentir la fuerza de G2 y G3 bajo las que su peso se duplica y triplica y cuando la desaceleración llega al

máximo tolerado por la estructura de la máquina, la gravitación es tan intensa que toda sangre que circulaba se agolpa en las piernas y en la parte inferior del vientre. Ahí aparece lo negro y se deja de ver.

Pero siempre la máquina termina recuperando su vuelo horizontal y su velocidad de crucero y a la vista reaparecen de a poco el tablero del instrumental, detrás el cielo azul, las manchas blancas de las nubes, y la tierra abajo con sus zonas verdes, caminos y casas: todo está en orden. Subsiste un pequeño mareo, el corazón apenas se ha acelerado y la ceguera no duró más de veinte segundos.

Distinta es la ceguera que sucede a los ejercicios creatinógenos. La sangre sobra en la cabeza. Si bien intoxicada de anhídrido carbónico y ácido láctico, irriga las retinas, los nervios y el cerebro llevando el poco oxígeno requerido para ver.

Es posible, pensaba, que esa ceguera que convierte a todo lo demás en un manchón difuso, sea resultado del cese de cualquier voluntad de ver. Al cabo de aquellos ejercicios nadie querría ver. Sólo volver a ser sí mismo debía pretender cada uno.

Al comienzo de la sesión de aquella tarde, durante el primer ciclo de calentamiento, estiramiento y trotes, pensaba que algo semejante debía ocurrir con la vida. Temía que en cualquier momento el instructor anunciase una nueva tanda de creatinógenos y se alivió al escucharlo dar órdenes de patear. Las patadas del filipino permitían, de alguna manera, pensar.

Con la vida humana debía ocurrir algo semejante a aquella ofuscación. Buena parte de las cosas más frecuentes de la vida debían tener también su forma de ceguera programada: un inventario de todo lo que hay que dejar de ver para poder hacer. Ese ha de ser el mecanismo natural de la atención, que consigue que cada uno atienda a lo que debe atender y se desentienda del resto.

Y también debe haber un uso artificial de los mismos recursos. Tal vez las torres fuesen un buen ejemplo. Al comenzar la serie de patadas enfrentaba al ventanal y podía ver —en ese momento sí podía ver— una de las tres torres altas de Las Termas. Los ingenieros y arquitectos las habrían emplazado, o habrían respetado su emplazamiento original durante las obras, pensando que con su altura y su esqueleto de acero representarían cabalmente la profundidad de las perforaciones de Las Termas y el complejo trabajo humano organizado al servicio del proyecto.

Pero su presencia, su fantasmagoría industrial y el contraste que creaban con los jardines de acacias, la alameda y los bosques de pinos y eucalipto que rodeaban el campo de golf predisponían una atención llamada a distraerse de todo lo demás.

¿Que sería lo demás? Pensó en el trabajo de recepcionistas, administrativos, masajistas, instructores, asistentes, médicos y operarios de mantenimiento. No era eso. Eso se hacía evidente desde la primera visita a Las Termas y se manifestaba en la constante sensación de ser parte de un vibrante hormigueo social. Pensó en los baños, los masajes, las sesiones de gimnasia, y en las distintas prácticas deportivas. Tampoco a eso estaría dirigido el intento de provocar una cuidada desatención. Debía ser otra cosa y tal vez convendría averiguarlo, o imaginarlo, aunque no era el momento indicado para concentrarse en el tema.

Era el momento en que el ejercicio de patadas comenzaba a exigir coordinación. Al cabo de veinte repeticiones de patadas hacia adelante, primero con la derecha, después con la pierna izquierda, comenzaba una serie combinada: una patada de izquierda y dirigida al centro y la derecha, seguida de otra con la derecha apuntando a la izquierda. La primera dificultad de esta variante es la articulación del movimiento de retorno de cada pie, que debía afirmarse en el piso como plantado para descansar el peso de esa pierna, pero puesto al mismo tiempo en condiciones de sostener todo el peso del cuerpo.

El efecto desconcertante de la diferencia entre un pie que se apoya y un pie llamado a servir de apoyo no debe preocupar al experto en taekwondo o karate. Con años de práctica, y sin proponérselo, este tipo de deportista consigue una perfecta continuidad entre ambas operaciones del mismo pie. Naturalmente tiene buenas razones para ejercitarse y a diferencia de los grupos de gimnasia, sus patadas de agresión persiguen una finalidad más importante que la mera armonía de movimientos, que, por eso mismo, sólo ellos terminan consiguiendo en sus sesiones de combate.

En cambio en el gimnasio, en medio del ritmo colectivo ajustado a una música standard e invasora, la natural discontinuidad entre las funciones del pie y del estado de la planta del pie se manifiesta como un saltito —un «contratiempo», en lenguaje musical— que, por no deseado, es registrado como la irrupción de un movimiento ajeno que se produce justo en el núcleo de la propia voluntad.

Todos lo han de percibir independientemente del nivel de ofuscación que padezcan en ese momento. Unos reconocerán la discontinuidad y la inarmonía

del movimiento, otros la contrariedad del que acaba de ser sorprendido cometiendo un error y tal vez alguien, aun sin verlo, sienta la breve alteración del paso como un silencio musical, o una herida mortal infligida al cuerpo común que por unos minutos estuvieron componiendo.

Ese cuerpo: algo que no existiría si no fuese por la permanente vigilancia e insistencia del instructor. Durante los primeros ejercicios de patadas imaginó un piquete de instructores en huelga. Mujeres y hombres llegan a Las Termas para su sesión de gimnasia y los encuentran con sus pancartas y obleítas reclamando aumentos o mejoras en sus horarios y condiciones de trabajo. Se saludan. Las mujeres los besan. Alguno intercala una broma o un chiste que pocos alcanzan a comprender. Después se cambian, y, fieles a la rutina, bajan al salón de gimnasia. Están allí, sin instructores ni asistentes. Una mujer trata de hacer ejercicios de estiramiento. Dos hombres empiezan a caminar sacudiendo los brazos y haciendo rotaciones de hombros para librarse de las tensiones musculares de una jornada de oficina. Los demás hablan. Cambian ideas: todos quieren saber que pasará, si habrá sesión, si alguien reemplazará a los ausentes.

El cuerpo se ha roto. Quedan apenas miembros: dos mujeres anuncian que irán a nadar. Otras programan una partida de tenis. El cuerpo comienza a desmembrarse. Él sería de los que optan por hacer un paseo a paso vivo a través de los caminos de grava y conchillas que circunvalan el campo de golf y se bifurcan en los bosquecitos de pinos. Pero no hay huelgas ni movilizaciones de instructores. Estaba en su sesión, era parte del cuerpo total, grupal, y pese al fondo de música standard, imaginaba el ruido de las conchillas crujiendo bajo cada pisada: una mezcla de sonido palpado y de tacto sonoro a través de las suelas de caucho. Crujen, crepitan las conchillas y las piedras de grava al pisar. En cambio el piso de madera del gimnasio sólo responde con su aparente elasticidad a cada impacto de los pies. El ejercicio se complicaba. A la sucesión de patadas se agregaba, como una cita evocada de ejercicios previos, una combinación de pasos laterales: dos a la izquierda, dos patadas a derecha e izquierda, un paso hacia adelante continuado con una patada de la derecha y un tercer paso hacia atrás seguido de una patada de la izquierda que da lugar al movimiento de retorno al punto de origen donde se debe ejecutar un nuevo par de golpes primero con pierna izquierda, después con la derecha.

A esa altura ya no era posible imaginar ni pensar. Pero, justamente, iba a Las Termas para eludir cualquier pensamiento.

Después vendría el alivio. Hidratarse, cambiarse, aprovechar los últimos minutos de sol en el jardín para tenderse y relajarse antes de la caminata por el campo. Ya no podía pensar, afortunadamente. Ni imaginar. Sin embargo algo seguía funcionando en la mente y promovía imágenes que en cualquier otra situación invitarían a enhebrar en ellas un pensamiento, o un plan, y, con la tensión, el agotamiento y el alerta constante para determinar cuándo se ha fracasado esta vez. Después, esos embriones de planes y pensamientos pronto se disolvían arrastrados por la corriente del ritmo, la música standard y las órdenes del instructor o las indicaciones de su asistente.

No pensar: esa mujer de apellido eslavo es la más alta del grupo. Más alta que el más alto de los hombres. Esto no significa nada. Y tiene cuerpo de Watussi: *Tootsies*. Esto no significa nada. El filipino parece el actor de una película japonesa doblada en Madrid y la torre sur del trío de torres de las perforaciones podría estar pintada sobre el cristal de la ventana e indicaría lo mismo. Esto no significa nada. ¿Cuándo fue que los españoles colonizaron esas islas asiáticas? Él había sido el único o el primero en equivocarse en la serie de avances y retrocesos con golpes en *cross*. Esto no significa nada. Muchas de estas mujeres pagarían por ver al asistente ejecutando sus cabriolas felinas de capoeira, pero desnudo. La pija negra del negro, colgando y desplazándose una fracción de segundo después del eje de su cuerpo no significa nada. A la esclava, Olga, le encantaría chupársela. Y a todos los demás, mirarlos, sin que eso signifique nada. Habrá sido un rey Felipe primero, segundo o tercero el que emprendió la conquista de las islas Filipinas en Asia, pero esto no significa nada, no cambia nada, no vale la pena confirmarlo. Tal vez haya una conexión genética entre cierta estirpe de eslavos blancos y altísimos, y los negros watussi. Que las narices de ambas razas sean tan diferentes no significa, genéticamente, nada. En cuarenta minutos estaré caminando por la conchilla y volveré a cruzarme con la esclava y su amiga. No: en treinta minutos estaremos. Cada tipo que cruzo en los juegos de coordinación huele a su desodorante. Este macizo moreno huele a esencia de cuero. Y nada significa. Al correr o al trotar en torno del salón, los veintiún cuerpos funcionan como paletas de una turbina, generan una brisa ascendente y los aromas de desodorantes se mezclan entre sí y con los olores de fragancias y champú de las mujeres y con los de las ropas. Los veintiún cuerpos nada han de significar ahora. Que toda esta gente venga a cada sesión con la ropa recién lavada no significa nada. Son dos mujeres y el grandote que juega golf los que más se equivocan en las coordinaciones. Anuncian los ejercicios de cintura en el piso: abdominales, oblicuos, glúteos y tensiones

extremas de cuádriceps. Son ejercicios de mujeres y putos que también a mí me convendrían. «La colita», dicen los instructores y las mujeres y esa metáfora de los glúteos no significa nada. Lo bueno de la sesión de abdominales es que mientras todos terminan de tenderse en el piso pasan treinta o sesenta segundos en cuyo curso se puede respirar con el cuerpo estirado pesando todo a lo largo. Es improbable que la esclava se llame Olga, pero conviene llamarla Olga para recordarla. Tendido unos segundos boca arriba algo de aliento se recupera, aunque sólo sea por un instante y aunque no signifique nada para los cuerpos empapados de sudor y sostenidos por el dolor y por las instrucciones y el orden.

Ahora el tiempo volvía a significar. Eran las cinco de la tarde. El reloj alemán se había vuelto una elipse cobrando una concavidad irregular. Conocía las inscripciones: Jünger sobre el número doce, Deutschs-land, en el borde inferior, debajo del seis, superponiéndose parcialmente a la uve y la i del número seis grabado en caracteres romanos. Pero los números y las letras venían de su memoria y, vistos a través del cilindro de cristal térmico que surtía agua, los caracteres grises sobre la esfera nacarada del reloj se fundían para deformarse, ilegibles, en curvas divergentes hacia un costado. En cambio las agujas se reconocían e indicaban las cinco.

Inclinado contra el surtidor miraba el reloj y esperaba su turno para hidratarse. Retiró un vaso de plástico del cajón que, absurdamente, ese aparato tenía instalado casi a ras del piso. Delante suyo la pelirroja ya había bebido un vaso o dos y estaba manipulando la palanca para surtirse otro. Dentro del cilindro de cristal se formó una burbuja del tamaño de una pelota de tenis y, al tiempo que subía, un grupo de burbujas más pequeñas iban naciendo para seguirla, girando, como una diadema de satélites.

Escuchó el burbujeo y detrás las voces de hombres y mujeres que comentaban los ejercicios. Algunos anunciaban sus planes: nadar, ir a las piletas termales, concertar una partida de *squash*, caminar en el campo de golf: reaparecía la voluntad autónoma en cada uno. Y en él también.

Las burbujas borraron la imagen del reloj de la pared. Se puso de pie y levantó el vaso. Arriba se veía el reloj intacto, circular y plano. Se le reconocían los caracteres. Eran las cinco y se surtió un solo vaso de agua. Había bebido uno en el breve intervalo que sucedió a la serie de saltos: estaba tratando de aprender a administrar la sed de modo de no interrumpir las caminatas por el campo de golf para orinar por haber bebido demasiado. Aunque marchara solo, abandonar la senda de conchilla y hacerse a un lado buscando un sitio donde orinar, habiendo grupos y parejas delante o detrás suyo, dejaba en suspenso la armonía de caminar en soledad.

Uno va en soledad, y no bien se aparta del camino los que vienen detrás reparan en él y suponen que ha ido a orinar y que después los seguirá. Entonces ha vuelto a ser un objeto del pensamiento de los otros y ya no está solo.

Empezaba a pensar en el reloj, en Alemania, en un régimen de hidratación planificado, en el instante de descubrirse objeto una urgencia interior —la sed, la orina acumulada— y en los frecuentes momentos de sorprenderse objeto de un cálculo social por parte de los otros, que no importan, en base una regla de etiqueta, que, aunque tampoco importe, basta reconocer que está afuera, midiendo, para que ocupe en plenitud su puesto en el espacio, entre el verde del césped, el blanco de la grava y la conchilla, y los grises, marrones y amarillos de la corteza de los árboles.

Pero aquel lunes no pudo marchar solo. Se le acopló el jugador de golf cuyos compañeros no habían cumplido con la cita. Era la primera vez que le fallaban. Tal vez la autopista estuviera bloqueada, dijo.

El tipo quería adelgazar. Para recuperar su peso ideal de ochenta le faltaba perder ocho o nueve kilos y quería caminar rápido.

Él se disculpó, necesitaba caminar a su ritmo: tenía planificado un paso con el que hacía un par de semanas venía completando el recorrido del caminito de conchilla en cuarenta minutos. De ese modo llegaba al bar y disponía quince minutos de relax antes de la sesión de crawl. Explicó todo eso en detalle al golfista, pensando que el tipo se despediría y aceleraría el paso uniéndose a alguno de los grupos que les llevaban la delantera. Pero se resignó. Evidentemente, quería hablar con él.

Y él no quería hablar. Quería mirar a su derecha la caída del sol entre los álamos: la sombra de los troncos y las ramas peladas rayando el caminito con su gris. Atender a eso, ver cómo en el curso de cuarenta minutos el sol terminaba de ponerse tras los terraplenes, sentir que se alargaban las sombras, que empezaban a confundirse los contornos de ramas, hojas y cosas, y sentir más fresco el aire y más próximo al sueño cualquier indicio de cansancio, eran una manera de no pensar.

Aunque fuera pensar, pensar en lo que iba sintiendo al mirar luces, sombras, contornos y simulacros de accidentes naturales lo mantenían al reparo de lo que no quería pensar. El ejercicio de sus planes de marcha era respirar pensando en lo que los sentidos trajeran a la mente, para eludir pensar en sentimientos, o en el sentido de las cosas que siempre terminaba remitiendo a ellos.

No conocía al golfista y ni siquiera recordaba su nombre, pero adivinaba que quería hablar y anticipaba el menú de su charla: el espacio de Las Termas, el negocio de inventar un polo urbano nuevo cerca del aeropuerto internacional, la crisis, la guerra contra el crimen, la inseguridad, los robos, los piquetes, los escándalos que denunciaba la prensa, la necesidad de «desenchufarse» en Las Termas por lo menos un par de tardes por semana, las mujeres del grupito de gym-box. Y cualquiera de los temas del probable menú del golfista podría dar paso a las cosas en las que no debía pensar.

Y el tipo quería hablar y hablar. Tal vez había oído la recomendación de los entrenadores que sostienen que si bien hablar es un gasto de energía que distrae a sus pupilos, en los comienzos de la preparación física y hasta que los iniciados dominan lo que llaman el «manejo del ciclo aeróbico», quienes hablan en el curso de las marchas o del trote toleran mejor los síntomas de fatiga, que, a la vez, si se habla, demoran más en manifestarse.

O tal vez no lo supiera, pero se entregaba a ese hábito por la sabiduría natural del cuerpo que explica la emergencia de las costumbres. Aunque podría ser médico, el golfista no parecía la clase de persona consciente de que hablar exige una administración ordenada del flujo respiratorio y de que el aliento contenido para sostener el diálogo actúa como una verdadera reserva de oxígeno que está ahí, disponible para el aficionado que aún no ha adquirido las tácticas de alto rendimiento.

No era médico. Trabajaba como asesor parlamentario. Dijo así, «asesor parlamentario», y al oírlo él imaginó que había elegido esa definición ambigua para que le preguntasen acerca de qué o a quiénes asesoraba, y, con ello, tener una buena excusa para hablar de sí mismo hilvanando sobre su persona cada uno de los temas del menú que tendría programado para esa marcha. Nada más lejano de lo que puede esperarse de un asesor parlamentario sería el tema de la caída del sol hacia el oeste de Las Termas, o el del crujido de las conchillas oprimidas por cada paso.

Algunos, como si no hubieran tenido suficiente con la música standard del salón de gimnasia, marchaban con auriculares embutidos en sus orejas. Un cablerío amarillo o rojo unía los pequeños auriculares con el reproductor de sonido que llevaban calzado en la cintura. Sería bueno llevar colgando un grabador con un micrófono hipersensible instalado en la planta del pie. De ese modo podría registrarse el crepitar de las piedras de grava, o el crujido de millares de valvas de pequeños moluscos que vivieron hace seiscientos siglos

para después oírlo amplificado y reconocer esa rara armonía que establecen con la planta del pie y las suelas de goma.

Sería la música del estrecho sendero blanco: un montaje de roces y crepitaciones bajo la planta del pie derecho, que se acentúan en un compás para cesar dando lugar a otra serie muy parecida, reflejo de la presión del pie izquierdo. Cada pie debe tener una secuencia de crujidos y frotaciones reconocible y diferente de la del otro. Y cada uno, hombre o mujer, a un mismo ritmo de marcha, ha de producir un registro semejante de curvas de sonido alternadas con un diseño acústico tan privativo suyo como las manchas del iris, o las ranuras de las yemas de los dedos.

A ese ritmo de marcha el ruido de las pisadas era audible y a la par se percibía en las plantas el desplazamiento de cascarillas y piedras impulsadas por el peso del cuerpo. Ese ínfimo derrumbe de materia sonora acompañaba milimétricamente el gradiente de la caída del sol. El asesor parlamentario jamás reconocería esto. En cambio, sería capaz de detectar concordancias y diferencias que a él nunca se le podrían ocurrir y entre cosas que ni siquiera imaginó que existiesen.

A los jardineros que cruzaban el campo de golf en un tractorcito con acoplado debía bastarles un vistazo a las sombras de álamos y eucaliptus para estimar la hora con precisión. Se retiraban. Habría terminado su jornada. Todo el ámbito de Las Termas funcionaba igual: las sombras de los árboles, la sombra de los cubos rojos de ladrillo descubierto que parecían herméticos y aislaban las usinas complementarias y las salas de máquinas y bombeo y las sombras de las torres de perforación: todo integraba un complejo reloj de sol con infinitas señales repetidoras. Hasta un hombre de gorra roja, parado pensativo en medio del campo de golf sería, por su sombra, un buen indicador del paso del tiempo.

Un metro cúbico de conchilla y de piedritas blancas de grava podría alimentar un monstruoso reloj de arena que midiera el tiempo con su goteo y sus crujidos, pero a nadie se la ha ocurrido hacerlo. En cambio el camino funcionaba como un reloj de pasos, indicando con una sucesión de pequeños crujidos lo que demora el peso del que marcha mientras se hunde hasta el momento de alcanzar el límite: tres décimas de segundos, tal vez.

La voz del asesor, a su lado:

—Tenía una quinta en San Miguel pero ya la vendí. No se podía dormir tranquilo, por los asaltos. Mi mujer ya no quería ir: todos los sábados a medianoche se oía un tiroteo, después sirenas, movimientos de gente y lo de

siempre. Tenía mucho pasto, césped inglés. Mi hijo quería que comprásemos uno de esos tractores en miniatura que sirven para llevar las máquinas de podar el césped. Fui a averiguar: ¿Sabés cuánto costaba, uno nuevo, japonés, que no sé si era Yamaha o Kawasaki...? —preguntaba—. Después de que te roban viene la policía a mirar y a pedir algo. Y si hacés la denuncia, tenés que volver diez veces a la brigada, a la comisaría y al juzgado. Peor es cuando te asaltan. Dos veces, estando nosotros con toda la familia, nos asaltaron. ¿Y sabés cuántas veces, además, entraron a robar cuando no estábamos...? —preguntaba—. Recién esta semana me enteré. Son quinientas hectáreas. Recorrerlas por el camino perimetral, son ocho mil quinientos metros. En cambio la vuelta completa al golf son tres mil ochocientos. Pero si la das cruzando por adentro de los bosques son nada más que dos mil doscientos. Mi ideal sería dar una vuelta corta en quince minutos, pero después de la clase de gym ni se me ocurriría correr. ¿A vos? —quería saber.

Le dijo que a él tampoco.

Pero pensaba que con el tiempo trataría de circunvalar el campo de golf trotando. Alguna tarde fresca ensayaría hacerlo con un trote liviano y medido, que igual requeriría suspender o abreviar la sesión de crawl en la piscina templada, y prolongar un rato la inmersión en alguna pileta térmica.

¿Los álamos del perimetral que está detrás de este bosquecito, serían más altos, o el sol habrá caído tanto? No lo podía calcular. El tiempo sí: llevaban veinte minutos de marcha, el golfista venía contentándose con hablar de lo suyo, satisfecho de que lo oyeran sin demandar más respuesta que alguna cifra o un monosílabo, y, efectivamente, el sol había descendido unos grados.

Pasado el bosque corría una brisa fresca. La notó sobre la mitad derecha de la cara, húmeda de sudor. Comenzó exhalar el aire más lentamente, durante seis, primero, y después durante ocho pasos. Inspiraba automáticamente, ya no necesitaba numerar los pasos. Era una técnica, controlar la exhalación tratando de prolongarla todo el tiempo posible librándose de la mayor cantidad de aire posible y postergando la inspiración para que el cuerpo recuperase espontáneamente el aliento que necesita y vuelva después a exhalar larga y controladamente.

No era fácil mantener ese régimen respiratorio. Se propuso conservarlo hasta llegar a la curva de las acacias: faltaban no más de cuatrocientos metros y lo lograría a condición de que su acompañante no lo volviese a distraer con relatos de quintas, asaltos y mediciones de distancia que nada significan.

Ahora, al aspirar, sentía que su pecho se estiraba como si creciese. Sentía que miraba el camino desde mayor altura, y que abarcaba con su vista una línea blanca de conchillas todo a lo largo, hasta la curva. Podía ser sugestión, pero no descartaba que también estuviese flexionando más las rodillas, de modo que el cuerpo se inclinaba hacia adelante, aprovechando su propio peso para ser impulsado por unos pasos más elásticos, que, al pisar, acariciaban aquel suelo sonoro. Y tal vez también fuera sugestión, pero algo de su ejercicio debió transmitirse al golfista, que parecía marchar respirando mejor y se mantuvo en silencio hasta que, metros antes de la curva de las acacias, encontraron a las mujeres del grupo de gym dialogando con los quinteros.

El bosque de acacias señalaba la mitad del recorrido. El golfista se interesó por la conversación del grupo y eso le daba una oportunidad de librarse de su compañía. Pero él también se demoró: los quinteros tenían un par de halcones encapuchados y la gente del grupo —eran tres mujeres y un hombre de su mismo grupo de gym— los acosaban con preguntas.

Eran quinteros, trabajaban en unos campos de la zona y habían aprendido a criar y a adiestrar a esos pájaros para librarse de una plaga de cotorras. Las cotorras venían de los montes del delta y asolaban las quintas y los árboles frutales. Además, se comían todo y los pájaros naturales de la zona, que estaban ahí desde hacía mil años, desaparecían o se iban a otra parte donde no les saquearan sus alimentos.

Desde las acacias, venía, efectivamente, el chillido de esas aves.

Ahora los de Las Termas los habían contratado: tampoco allí querían cotorras. Lo más difícil era conseguir que los halcones aprendiesen a no perseguir a otros pájaros. Entonces se les podría dar más libertad. Mientras tanto, debían mantenerlos encapuchados. Al calzarles sus gorritas de cuero, los animales entraban en un sueño que los volvía dóciles y manipulables y se les desactivaba el instinto de caza y acecho. En ese momento, uno de los quinteros descubrió la cabeza del que dormitaba en su guante. El pájaro soltó su garras de ese molde de cuero que parecía un guante de baseball, batió sus alas como alistándose, y emprendió un vuelo ascendente, primero en línea recta, después en espiral. Velozmente subió hasta alcanzar más de cincuenta metros de altura y se lanzó hacia la zona de las acacias. Allí, como advertidas por el vuelo rasante, cientos, quizá millares de cotorras, dejaron sus puestos en las ramas y volaron hacia el norte convirtiéndose en una nube verde de chillidos, una bandada irregular que se perdió de vista sin alcanzar principio alguno de orden.

A los halcones, explicaba un quintero, no les interesan las cotorras. Preferirían cazar palomas, torcazas, ratones y crías de vizcachas del campo. Pero las cotorras ven pasar uno, por instinto huyen, y, con el tiempo empiezan a evitar las zonas donde lo cruzaron.

Una de las de la sesión de gym señaló algo sobre la arena de un búnker de golf: una mancha verde. Debía ser una cotorra depredada por los halcones. O eso pretendía indicar ella.

Comentaba a sus compañeras que era un método siniestro. Dijo la palabra «siniestro».

Los quinteros se justificaban diciendo que era un método natural —«ecológico», dijeron—, y más eficaz que las escopetas que usan en las chacras. Además, explicaban, había que pensar en la gente que alquilaba cabañas: desde antes de aparecer el sol los pajarracos empiezan a cotorrear con sus gritos y no dejan dormir a nadie. Los chillidos no son como el canto de los pájaros, que despierta bien y da alegría. El cacareo de las cotorras enerva, pone los pelos de punta. Además son bichos sucios y dañinos, decían.

El halcón seguía pasando como una sombra comprimida en el aire. Por momentos parecía una coma, o un punto. En otros una equis negra: nunca había imaginado que fuesen tan pequeños y manejables. Ahora volaban en pareja sin alejarse mucho del alcance de la vista de los quinteros.

Aves depredadoras, aves de rapiña o lo que fuesen, igual que esos quinteros o peones custodios de una sabiduría medieval, entraban al servicio de Las Termas y, esta primera vez —pensaba, agradecido— lo habían ayudado a librarse de la charla del golfista.

Ahora marchaba solo tratando de retomar su ejercicio respiratorio. El sol había desaparecido tras los terraplenes, pero algunos rayos aún rozaban las copas de los álamos y los eucaliptus y con el reverbero de la brisa, las hojas adquirían bordes plateados y dorados.

Tenía hacia adelante un camino recto de poco más de mil metros hasta el jardín del bar. Apuró el paso. Marchando solo podía exhalar durante nueve pasos y la recuperación del aliento no demoraba más de tres. Con todo el cielo abierto a la vista y el complejo del bar y las piletas destacados apenas a ras del suelo, el instante de inspirar se convertía en una sensación azul y casi no veía otra cosa que la luz pura. Entonces, cada dos o tres inspiraciones se le aparecía el vuelo oblicuo de un halcón.

La primera vez creyó que era un halcón de la pareja de los quinteros. Pero cuando la sombra volvió a cruzar repitiéndose un par de veces, siempre

oblicua, con el mismo ángulo y en el mismo sentido de izquierda a derecha, advirtió que estaba viendo su recuerdo y decidió que debía fijar la vista en algún punto de referencia para que no volviese a aparecer.

Venida desde atrás, desde un pasado muy reciente, la mancha negra, atravesando como un borrón ese presente de cielo azul, empezaba a disparar imágenes en las que no debía pensar. El antes —todo antes—, debe desaparecer.

Fijó la vista en uno de los cubos de ladrillo rojo. Adentro habría máquinas, dínamos, sistemas de bombeo de aguas, vibración, paneles de control, diales, comandos. Y desde allí, con sus silenciadores, le estaba disparando toda una gran industria invisible, camuflada tras el hermetismo del hormigón y su revestimiento de ladrillo.

El ejercicio respiratorio podía continuar, pero requería un alerta que conspiraba contra el deseable automatismo de la marcha, a menos que sólo se representara la imagen del cubo rojo. Mirándola, la cuenta de los pasos y el control de las exhalaciones pasaban a un segundo plano y terminarían perdiéndose como la sombra de esos pájaros.

Apareció el recuerdo de una tarde de verano. Había venido a Las Termas en su auto y estacionó junto a una todoterreno Mercedes Benz que transportaba a una familia. No era frecuente ver niños en Las Termas, pero ahí bajaban cinco o seis chicos pequeños, tal vez en edad de kindergarten. Serían un par de hermanos que habían invitado a pasear a sus amiguitos. Tendrían mucho para ver y descubrir en Las Termas, pero los cubos de las usinas y las salas de máquinas parecían lo que más les interesaba al llegar. Llamaban al padre señalando y gritando «¡Papá! ¡Papá! ¡Casitas...!».

Desde entonces cada vez que volvía en su auto a Las Termas, al llegar al estacionamiento recordaba la escena y el sonido de la palabra «casitas». Ahora, marchando, las «casitas» volvían a ser los cubos de ladrillo rojo sin diminutivos ni compromisos con la infancia. Era otro tema que nunca debería pensar. El antes se componía de todo lo que no debería pensar.

Pero los malos temas se precipitan. Pasó una, veloz, a su lado. No trotaba: venía a la carrera, como una atleta, aunque tenía cuerpo casi de niña, de muchacha incipiente. Dieciséis años, pensó. No era una de su grupo de gym. Sería del grupo de gimnasia-danza que ocupaba el mismo salón en el turno de la seis de la tarde. Nunca antes la había visto, de lo contrario no habría olvidado esa melenita liviana que al correr descubría con cada salto un cráneo dolococéfalo, estirado hacia atrás, como el de una egipcia.

Pero no era egipcia. Ni siquiera morena. Tenía la piel bronceada, y el pelo de una tonalidad rubia opaca. Quizás se expusiera a las pantallas de rayos ultravioletas de Las Termas. El corte de pelo le daba un aire afrancesado. Una *etudiante des lycees*, pensó mientras seguía mirándola correr liviana, empequeñeciéndose al avanzar.

La blusa deportiva terminaba bien por debajo de sus caderas, de modo que por momentos ocultaba las bocamangas de su short blanco y entonces parecía una estudiante semidesnuda, que, en un apuro, viste la camiseta de su compañero adolescente y, al cabo del amor, corre a lavarse por un pasillo helado de París, en otoño.

El sexo así era otro de los temas que no debía pensar. Dos adolescentes que se aman con tal intensidad que no podrían creer que pasada una quincena estarían haciendo lo mismo con otros, amándolos igual, creyendo igual que con cada acto y en cada representación de su juego sexual conjuraban algo sublime, único y sólo disponible para ellos dos, se parecía demasiado al mito de las cápsulas del amor. El amor, como una campana hermética que aísla de cualquier riesgo de contacto con el futuro: nadie verá el cadáver, no se sospechará la pérdida ni se advierte lo que tarde o temprano sobrevendrá.

Ya se podía reconocer la trama de ladrillos de la usina y se veía gente contra los cristales del bar. No: no gente. Se veían colores de indumentaria deportiva y siluetas moviéndose. La misma imagen, fija en la platina de un microscopio, podría representar un cultivo de bacterias dispuesto para el análisis, o una ampliación fotográfica del fragmento de una pintura renacentista recién restaurada. Pero en aquel lugar eso era gente: todos humanos y cada cual con su motivo para entregarse a la caricia industrial de Las Termas. Cada uno con su pasado, con su resumen de cosas en las que no deberían pensar, sus chicas de *lycee*, sus amenazas, sus halcones. Y cada uno a su manera, a bordo de su cápsula del amor que, lanzada hacia el futuro, tarde o temprano estallará o se estrellará.

El cielo, todavía azul, con tanta luz no permite vislumbrar las estrellas ni la luna que tal vez vaya por ahí. Pero allá, más allá del aire, pasan las señales de una civilización que lleva medio siglo escupiendo al cielo sus restos industriales. Satélites, tanques de combustibles desechados, plataformas, esquirlas de máquinas hechas para viajar que estallaron y partes de máquinas hechas para estallar y que también estallaron dejando una estela de fragmentos que seguirá repitiendo eternamente la misma trayectoria. Por ahí va la cápsula del amor y a bordo se aman esos adolescentes sin ignorar, pero

también sin saber, que pronto el viaje terminará. Cápsulas del matrimonio, la pareja y los amores maduros, siempre abiertas a los impactos de la tragedia, el meteorito o la fricción con una atmósfera inesperada que funde los metales y anula todo, salvo ideas como esta, que no se deben pensar, pero por allí pueden quedar escritas.

Cincuenta minutos, menos los minutos perdidos mirando los halcones, representaban para cinco mil quinientos metros de circunvalación un paso medio de ciento cinco metros por minuto: casi el ideal de siete kilómetros por hora.

Había llegado al bar con apenas noventa pulsaciones por minuto, era un buen ciclo para su pulso medio de sesenta y dos. Como siempre, pidió café y tres bizcochos de avena y cereal. Tenía media hora libre para beber el café, hidratarse, comer y digerir los bizcochos —o al menos olvidarlos— antes de la sesión de crawl. Esperaba ver por allí a la francesita, pero no estaba. Mejor no verla. Estaría al borde de la hora de su sesión de gym-dance. Había muchas mujeres sentadas por ahí. Algunas tal vez fueran a Las Termas sólo para sesiones de belleza, masajes y peluquería, o para pasar el tiempo en el bar o en el restaurant dietético del primer piso. Una fumaba: le vio soltar su bocanada de humo mientras hablaba con la amiga.

Sintió deseos de fumar y recordó sus Camel, en su bolso, en el armario, en el vestuario: un paquete de diez cigarrillos intactos representando su meta de no fumar los lunes y los jueves, entre las doce del mediodía y las diez de la noche.

Algunas reían al verlo con sus paquetes de diez. Sería un efecto tan desconcertante como el del hombre de jeans y bolso azul que baja del ómnibus y aborda un taxi y sorprende al chofer con la pequeña vida en ómnibus del pasajero que se toma una tarde libre para darse la gran vida con las mujeres y los masajistas de Las Termas.

Era inevitable pensarlo: desde el jardín del bar, hacia el oeste, se veía el paso de los Boeing y Airbus del aeropuerto internacional. Allá pasaba la gran vida, volando. Alguien vuela a San Francisco. Va en comisión, pero sólo él sabe que vuela en comisión. Los otros pasajeros y las mujeres de a bordo, muchos de los cuales también irán volando en comisión, lo observan convencidos de que él sí es uno de los que vuela para darse la gran vida en bussiness class. O la gran vida en pequeña escala, algo encogido en su butaca

de clase turista. Después transbordará en San Francisco o en Los Angeles a un vuelo económico hasta Seattle para hacer un sencillo trámite bancario: transferir una cuenta, retirar efectivo, o renovar el crédito flotante de sus Visa y American Express.

O volará directo a Seattle a reportarse a la gerencia del banco con toda la documentación americana que lo habilita para verificar movimientos de cuenta. Por un pequeño sueldo y con una habilitación del Federal Banking Bureau ratificada por la justicia de Washington, se hace imprimir planillas y listados del banco que leerá y releerá en otro Boeing, en un vuelo de retorno, rodeado de camareras, comisarios y pasajeras que lo miran leer y beber vino de California, pensando, muchos de ellos, que es uno de los que vuelan y se dan la gran vida.

Pobres tipos, pobres hijos de puta, pensó. Alguno de ellos estará buscando señales del uruguayo. Algo en lo que no habría que pensar. Hay suficientes estadísticas: la probabilidad del estallido de un Airbus en vuelo es fácil de estimar. ¿Cómo calcular la probabilidad de que identifiquen al uruguayo? Una probabilidad media, o una probabilidad baja, ínfima o despreciable significaban lo mismo: más ganas de fumar.

Restando la edad en años al máximo de doscientas veinte pulsaciones que registra un humano recién nacido se estima el límite del ritmo cardíaco que un hombre sano puede alcanzar. Conocía su número tope: doscientos veinte menos cuarenta y uno, fijaban su límite en cerca de ciento ochenta. Los sesenta de su ritmo normal era un tercio del máximo posible, y las noventa pulsaciones por minuto registradas al cabo de la circunvalación eran el cincuenta por ciento de su tope. Recién a partir del cincuenta por ciento un organismo como el suyo comenzaría a consumir sus reservas de proteína y lípidos para agregar energía al sistema muscular. Esto es lo que persiguen los que practican ejercicios aeróbicos para adelgazar, o para definir mejor las líneas y las curvas del cuerpo, hombres como aquel asesor que pretendía perder peso, o mujeres que sueñan con el cuerpo ideal de las modelos de indumentaria.

No era su caso, pero igualmente aspiraba a completar una circunvalación a un paso medio de siete kilómetros por hora, con un pulso de ciento veinte, o por lo menos superior a cien. Algún cambio se produciría en su cuerpo, y, mientras tanto, pensar en esos cambios, imaginarlos y, eventualmente verificarlos, lo enfrentaba a una parte del mundo —no sólo del cuerpo, sino también de las cosas y hasta del paso del tiempo— que de alguna manera

seguía permaneciendo bajo su control. Todo el resto del mundo, incluyendo el deseo de fumar, formaba una constelación de cosas e ideas que bullían, incontrolables. Lo pululante que no habría que pensar.

Cada vez que alguien abría la puerta de cristales para entrar o salir del hall del complejo llegaban ecos de la música del primer salón de gym: ecos de los graves, apenas los sonidos bajos del ritmo de un tema musical caribeño. La francesita permanecería durante cincuenta y cinco minutos envuelta en esa música parcial y fuera de la cápsula espacial de su trayectoria enamorada. Contaría pasos, sentiría golpes de pasos y procesaría sensaciones internas venidas de sus miembros. Algunas placenteras, parecidas a experiencias de vuelo. Otras dolorosas, señales de la tensión de músculos, tendones y articulaciones que fueron exigidos más allá de sus límites. Y junto a ellas recibiría por momentos el malestar de un cuerpo que, convertido en mundo, se resiste a los comandos de la voluntad. Será un dolor, o un mero malestar, o algo que alerta como una sombra que cruza oblicua desde un costado del campo visual y desencadena un reflejo ancestral de fuga.

Huir: ¿A dónde huir? Habría unas treinta personas en el bar. Los grupos se renovaban constantemente. Como siempre los lunes y los jueves a esa hora —eran las seis— verlos entrar y salir, liberando sillas y mesas que de inmediato eran ordenadas y aseadas por las muchachas del servicio para recibir a otras personas, parejas, o grupos, lo llevaba a pensar que esa gente vivía huyendo. ¿A dónde irán?, se preguntaba. Hacia después, más tarde, hacia mañana, hacia las vacaciones del invierno, o hacia la primavera o el verano. No hay nadie aquí, se decía cada vez que corroboraba que nadie fumaba en el jardín terraza del bar y que tampoco había niños y ni siquiera alguien que, fatigado por la natación o la gimnasia, descabezara un breve sueño frente a la mesa. Tanta gente, y todos empeñados en la misma carrera hacia después.

En esos momentos pensaba que él era una excepción. Justamente estaba allí para escapar de cualquier idea de después, de más tarde, de esa misma noche o de mañana. Para escapar de cualquier idea de fuga.

Mi único después, pensó, contiene la repetición de esta misma rutina en la sesión del próximo jueves, si no bloquean de nuevo la autopista.

Pensaba en su ahora. Ahora pedir un toallón, calzarme el traje de baño y las sandalias y cronometrar bien la sesión de crawl, planificaba mientras la camarera le traía la cuenta de sus masas. Tal vez fuese verdad que la presencia de aves exóticas desalienta el arraigo de las especies originarias de

un lugar. Migran para encontrar lo que prefieren y ya desapareció de ese ámbito arrasado por las cotorras. Pájaros sin después, pura urgencia de sus horas, tal vez migren y desencadenen sus plagas obedeciendo a un reflejo ancestral de fuga. Un instinto parcial, incompleto: se las ve huir aterrorizadas por la presencia de un ínfimo pajarraco negro, y, sin embargo, pueden anidar en la cercanía del aeropuerto bajo el atronador ruido de los Boeing.

Cuando una de esas naves decolaba, o terminaba de aterrizar y frenaba su marcha revirtiendo las turbinas, se dejaba de oír el fondo de música rítmica del salón de gimnasia y los cristales que separaban el bar de la terraza vibraban como si un grupo de niños estuviera golpeándolos con decenas de puños: niños inexistentes pretendiendo entrar y salir.

El eco de las turbinas también podía registrarse posando los nudillos sobre la mesa que vibraba a la par. Casi todos los que decolaban emprendían vuelo hacia el este, buscando el río, y el mar después.

Recordaba que cuando supo del emprendimiento de Las Termas lo imaginó condenado al fracaso: hacía décadas que la ciudad progresaba hacia el río y hacia las nuevas urbanizaciones del norte. Intentar un polo recreativo de alto nivel en la zona oeste, minada de enclaves de miseria y carente de centros comerciales modernizados le pareció una quimera de aventureros económicos cuya única meta sería justificar una masa de crédito y medrar con su administración durante un par de años de aparentes obras faraónicas.

Que hubiesen invertido cuarenta o cuatrocientos millones y que perforasen cuatro mil o cuatrocientos metros en procura de la napa térmica era un argumento en favor de los escépticos: la identidad de las cifras, la reiteración de ese número cuatro, no podía ser casual. En última instancia, sería una de esas casualidades reveladoras de una causa común, en este caso, de un fraude cuantitativo cuyo efecto final no sería más que el recuerdo de otra ilusión neocapitalista abortada.

Podrían haber construido una piscina olímpica, pero eligieron esa forma irregular de treinta y tres por sesenta y seis metros por algún criterio de arquitectura que la asemejaba a la silueta de los cubos herméticos de las salas de máquinas, la usina y al perímetro del espacio central del complejo.

Y no sería improbable que al planificar el proyecto hubiesen evitado deliberadamente cualquier formato que sugiriese competencias deportivas. Tal vez hayan usado el mismo criterio para las canchas de rugby, basket y fútbol. No tenía manera de averiguarlo, ni criterios para juzgarlo. Ni ganas.

Esa curiosidad embrionaria se extinguía fácilmente ante la evidencia del formato irregular de la pileta de aguas templadas.

La temperatura del agua debía ser mayor que la fijada para carreras de natación. La corriente de aire entibiado con calefactores de gas creaba un entorno subtropical, veraniego, y las palmeras enanas y los arreglos de helechos y tupidas hiedras junto al ventanal reforzaban la idea turística y hedonista del proyecto: era una piscina para el placer de nadar sin exigencias ni zambullidas y brazadas violentas. Un espacio libre de andariveles y de cualquier idea de competencia. Justamente, era un espacio imaginado para borrar la competencia social. Hasta la competencia con el peso del propio cuerpo desaparece al entrar en las aguas. Para eso debían estar todos allí.

Una docena de personas nadaba en diferentes direcciones. Unas cruzaban en línea recta, yendo a lo ancho de borde a borde. Otras recorrían círculos sin alejarse mucho de la parte más baja, donde cualquier adulto haría pie. Otras apenas chapoteaban: podrían estar haciendo lo mismo en una bañera.

Como siempre, se dispuso a comenzar nadando un par de largos en estilo pecho bien ralentado. No era para adherir al tratado de paz anticompetitivo de los que chapoteaban o nadaban como bañistas. Sesenta y seis metros de pecho lento, hiperventilando en cada extensión y flexión de brazos, volvían a familiarizarlo con la flotación y el agua, que, pasados apenas cinco días de vida urbana y ejercicios aeróbicos, parecía haberse convertido en un medio ajeno. El agua templada resulta demasiado fría en su primer contacto con la piel. Es que el agua no es como el aire, que flota sobre la piel. El cuerpo flota en el agua, el agua envuelve y presiona contra la piel y no hay poro ni punto alguno de la superficie del cuerpo que, en contacto con ella, renuncie a su posibilidad de ceder calor revelando todo el frío que nos rodea. Son ideas que sólo pueden surgir cuando alguien nada y comienza a hiperventilar: ideas que no significan nada, pero que se sostienen lógicamente en la trama del todo de la vida. Está grabada en ellas la certidumbre de un frío de fondo que nos rodea, o nos envuelve.

Bastaba completar un largo en estilo pecho para conseguir una convivencia natural con el agua templada. La piel no parecía perder calor aunque siguiese transmitiendo el calor del cuerpo, se habituaba a administrar y a reponer la pérdida. Gradualmente, al acercarse al borde, dispuesto a girar y a ensayar las primeras brazadas de crawl, comenzaba a sentir que el aire que aspiraba, y el cuerpo y el agua que lo envolvía tenían la misma temperatura. Mera sugestión: eran tres medios diferentes, distintas intensidades de calor y

diferente disposición a transmitirlo o a tomarlo de la materia que hubiera hecho contacto con ellos.

Pero uno vive siempre en estado de sugestión. Aquí todos estamos en el fin del invierno bajo la sugestión del verano artificial de Las Termas y esta gente flota o nada bajo la sugestión de estar en una piscina recreativa. Ahora van a sentir nadar, se prometió al comenzar el pataleo rítmico del crawl. Quizás alguien lo mirase. Seguramente alguna de esas cuarentonas lavadas estaría mirándolo. Otros, absortos en su propia flotación no lo verían, pero igualmente reconocerían la vaga estela que creaba el crawl al acelerar cada brazada como una suerte de andarivel virtual, imponiendo respeto a cualquiera de los que nadaba transversalmente, como si pasearan.

Esto es mi territorio, pensó. Tendría que mear aquí sin detener el ritmo del pataleo y las brazadas para marcar esta región del agua que me pertenece. La idea cruzó como un relámpago, pero era impracticable sin alterar el ritmo del crawl.

Idealmente debía completar un largo en treinta segundos pero durante los primeros dos o tres de la serie de quince lo haría más lentamente. Después, en el tercio central de la serie, imprimiría más velocidad, para terminar, hacia los últimos largos, con un promedio de cuarenta segundos.

A partir del décimo largo los hombros comienzan a doler y el nadador tiene la tentación de extender cada brazo rozando el agua para no exigirlo demasiado. En ese momento conviene disminuir el ritmo de las patadas, que, a la par, retardará el régimen respiratorio y, acompañándolo, hará más lento el braceo y el progreso del cuerpo en el agua.

Idealmente, tendría que mantener tensa la curva dorsal y, aun con la mitad derecha de la cara sumergida, exigir el cuello para que la cabeza tienda hacia arriba. Así el cuerpo se desliza mejor y se siente el recorrido de una onda interminable de agua que acaricia el cuello antes de derramarse por el pecho hacia el vientre. Todo funcionaría mejor si no fuese por la tensión resultante de las series de abdominales que les había impuesto el filipino esa tarde. Era un dolor que, sin impedir los movimientos del crawl, interfería cada impulso de la voluntad cuando parece consultar a todo el cuerpo antes de exigirle un nuevo esfuerzo a un pie, o a un brazo, temiendo la emergencia de un tironeo de dolor.

Había completado dieciséis largos crawl en once minutos. Calculaba que el pulso estaría encima de los ciento diez. Miró el reloj durante quince segundos y contó veintiséis pulsaciones: había pasado el límite de cien. Se

calzó las sandalias y envuelto en el toallón caminó a las salas de baño. Sentía un leve mareo que se acentuó al tenderse en una reposera, justo frente a la salida de la corriente de aire calefaccionado. Era un efecto del crawl, pero, en alguna medida, el mareo también debía responder al paso del aire tibio sobre su pelo, los antebrazos y la piel que no terminaba de cubrir el tacto algodonoso del toallón. Cerrando los ojos el mareo continuaba y él dejaba de reconocer dónde se había tendido. Estaba en el hall de las salas de baño, frente a una de las paredes de mármol, sobre una reposera blanca de listones de cedro, cerca de uno de los radiadores de aire caliente y tendido, pero no podía establecer si estaba al norte, al este, al sur o al oeste del centro del complejo, ni hacia dónde tendría que señalar si le preguntasen por la ubicación del bar, o de las oficinas administrativas.

Cerrando los ojos se le dibujaba un techo imaginario que podía ser la bóveda de un templo, el cielo raso del complejo, la cúpula de cristal de la piscina, o el mismo cielo del Nuevo Flores y del aeropuerto internacional de la zona oeste de la ciudad. Ese techo giraba, lentamente, como las últimas brazadas de crawl. Y tal como ellas pudieron parecer impulsadas por la respiración, el techo ojival giraba cediendo al paso del aire tibio: un cielo azul oscurecido, girando antes del sueño, una cúpula de cielo agotado.

Así empezaba el sueño, con una rajadura cerca del borde de la cúpula azul que permitía ver unas ramas verdes sobre los pastos. Transcurría en un potrero aledaño al campo de golf, detrás del búnker de arena. Por ahí nunca pasaban los tractorcitos cortadores de césped y se había formado un piso de pastos altos, entre los que crecían unas plantas o retoños de arbustos de ramas alargadas y flexibles que cedían ante la más mínima brisa. Era la pampa recuperando territorio mientras los responsables de la parquización de Las Termas la dejaban hacer. El resto de la cúpula del sueño seguía girando, azul oscuro, y el recorte de ramas y hojas de un verde tan intenso como si lo filmasen bajo la luz del mediodía seguía fijo allí, pero no detenido: las ramas cedían a la fuerza de un viento exterior al sueño, ajeno a las corrientes de aire tibio de la sala de piletas térmicas. Eso era el sueño, ya. Un paisaje que podía estar cerca suyo, tras el campo de golf, pero que también pudo haber estado en ese mismo sitio mil años antes de que por allí anduviesen los humanos. Era la pampa: un bosque plano hecho de luz y yuyos.

Él flotaba en aire, en la luz, y, sin ver más allá, sabía que ese espacio era un claro del mundo. Tal vez por allí habría montañas o formaciones de piedras negras. O nada: mundo vacío. El aire se llenaba de un griterío de

pájaros, cotorras y torcazas chillando como humanos para anunciar la llegada de niños. Eran chicos y chicas con uniformes escolares ridículos: niños de Holanda, Escocia o Dinamarca, vestidos con trajecitos y delantales inspirados en la antigua indumentaria de sus naciones que invadían el claro, ensayaban un juego escolar de saltos, pasos y giros repentinos y formaban rondas que pronto se dispersaban para volver a concentrarse en un punto. Una voz que pudo ser la suya, o algo sin voz ni letras, le dijo que esos eran todos los niños que en ese instante no nacerían en Europa. ¡Y esa pequeña pampa pretendía contenerlos a todos!

Eran los niños aflorados de los campos de golf.

Fue todo lo que recordó del sueño de esa siesta que había durado quince minutos.

Cada lunes y jueves los sueños de la siesta eran así y parecían guiados por su voluntad. Había que interpretar y decidir un significado para que las primeras imágenes brotadas al cerrar los ojos, tendido en la reposera, o flotando inmóvil en la semioscuridad de las piletas termales, se convirtiesen en una historia. Como todos los sueños, eran historias sin sentido, pero en estas aparecían caras y objetos desconocidos, como soñados por otros. Esos niños de Europa tenían rasgos precisos que no correspondían a ningún niño que hubiese visto alguna vez, y mucho menos a sus amigos y compañeros de la infancia. Lo mismo esa planta imaginaria: tenía color y textura de brócoli cocido, brillo de cañas verdes a punto de madurar en los tallos y exuberancia tropical en las hojas, y, sin embargo, conservaba un aspecto nítidamente pampeano. Para soñarlo bastó seguir la flexión de las ramas movidas por la brisa y acompañar los saltos y pasitos de danza del enjambre de niños. Siempre eran sueños breves como las siestas, soñados e imaginados a la vez. Pero eran sueños de poder, porque era una experiencia de poder ese flotar en una atmósfera de sueño que permitía cambiar la perspectiva de la mirada y concentrarla en un fragmento de la escena o ampliarla panorámicamente, siempre flotando y siempre en esa rara condición de ser un cuerpo a la vez presente y ausente y atravesado por las imágenes que él mismo va soñando. Seguramente aquella planta pampeana soñada no existe, pero esas fisionomías tan nítidas merecían existir. Recordaba alguna de las caras de los niños de aquella siesta y era como si fuese la del personaje de un film, aunque jamás había visto un film con niños parecidos.

Otras veces había soñado hombres y mujeres con los mismos efectos. En cambio, ante un grabado o una pintura realista siempre encontraba un

parecido entre esas caras de Leonardo, Velázquez, o Durero, y la de alguna persona que conoció y que seguía viviendo cinco siglos más tarde. Las caras nítidas de aquellas siestas no se parecían a las de ninguna persona que conociera, en cambio, era tan fácil atribuir semejanzas y descubrir gestos de otras personas en las caras de las mujeres y los muchachos del gimnasio de aparatos. Una podía ser confundida por cualquiera con la recepcionista de su abogado. Otro tenía la nariz y los ojos del austríaco comentarista de ópera del canal cultural: siempre que lo veía en la sala de baños daba por supuesto que era la misma persona hasta el día que lo escuchó hablar con acento argentino.

Un instructor que andaba por ahí, si no fuese por su musculatura exagerada, podía pasar por el guardacoches del estacionamiento de su edificio: los mismos lunares salpicados en la cara, las cejas igualmente despobladas y enfrentando a todos con el mismo aire de conejo, no en sus dientes, sino en el modo de mirar. Todo era semejante. O en escala: si no fuese por las proporciones de altura y peso, algunos se parecerían más a las personas que sus rasgos evocan. O en escala de tiempo: ¿cuántas veces había cruzado a una persona idéntica a un conocido de hacía quince o veinte años y se preguntó si sería un hijo de aquel?

Los instructores merodeaban supervisando los ejercicios. A cualquiera que se instalase frente a una máquina de musculación lo interpelaban y le aconsejaban una rutina de ejercicios: agregar o disminuir el peso, aumentar o reducir el número de repeticiones de cada movimiento de esfuerzo, y en general, aumentar el número de series de repeticiones. Vivirían convencidos de que los que subían a ese salón aspiraban a tener cuerpos de fisicoculturistas. Pero él, como la mayoría de los hombres y mujeres que andaban por allí, sólo quería tener su propio cuerpo, con apenas más fuerza y tensión en los músculos largos, y alguna mejora postural en el tórax y la espalda. Los jóvenes parecían más obedientes a las orientaciones de los instructores: los escuchaban asintiendo y se miraban en los espejos para verificar sus progresos en términos de volumen y definición muscular. Muchos conservaban y consultaban la planilla donde algún instructor les había diagramado las rutinas de ejercicios que debían completar en cada sesión.

Y hablaban de eso. Se preguntaban cuántas series había hecho cada uno, justificaban sus faltas por una gripe, una lesión de fútbol, o por problemas en sus trabajos que le habían hecho perder un par de sesiones en las últimas semanas, mostrando que compartían la meta de no atrasarse y progresar

aumentando el número de series y repeticiones y la carga de peso, o, por lo menos, manteniendo el ideal de no retroceder y rondar siempre el máximo alcanzado en los mejores momentos.

Permanecer era también una manera de huir sin saber hacia dónde. Era un lunes de septiembre, y los dos que compartían con él la polea de dorsales hablaban de mantener su estado en el nivel actual y de sus temores a retroceder. En los intervalos de descanso hablaban de las vacaciones de julio, del estado de las pistas y de las nuevas tarifas de ski. Parecían convencidos de que él también se interesaba por el ski y hasta lo consultaron, revelando que no eran muy expertos en deportes de nieve.

Era posible que la nieve, como el mar y la montaña, fuese un elemento natural apto para marcar el tiempo. Uno podría, pensó, planificar para el mes de julio una mudanza, una lectura rigurosa del Antiguo Testamento o una cirugía estética, pero serían cosas que no pertenecen a la atmósfera común como la nieve del invierno, o el mar de los veranos, que acompañan ciclos naturales, no personales. La idea dominante es huir, pero huir hacia un destino consensual y compartido de modo que cualquier fuga parezca un viaje. Así han de migrar las aves ahuyentadas por la escasez que provocan los predadores, o por el terror a las especies de rapiña introducidas artificialmente por los que cuidan sus cultivos y sus ámbitos de recreación. Huyen, y no bien emprenden la fuga encuentran un motivo natural para seguir adelante: siempre al alcance de la vista tendrán una isla, un bosque, o una planicie prometiendo con su verde chato la meta del bienestar. O no habrá nada ante la vista salvo un desierto de arena, piedra o agua, cuya presencia convierte a la fuga en un motivo para seguir buscando, huyendo.

Sólo tres máquinas: polea de tríceps, barra de dorsales, y palancas de apertura pectoral. Y no más de tres series de diez repeticiones en cada máquina. Eso era todo lo que necesitaba de la sala de musculación: un esfuerzo localizado sobre los tres grupos de músculos que no trabajaron suficientemente en la sesión de gym de aquella tarde. No más de cuarenta minutos en la sala, tomando buenos descansos entre las series.

Veinte minutos de acción, más diez de descanso entre series, más otros diez de tolerancia y descansos entre los servicios de una y otra máquina. Serían otros cuarenta minutos sin hidratar y sin fumar. Terminaría a las siete y media de la tarde. Solo le faltaban dos horas para volver a fumar y en ese intervalo descansaría diez minutos, después flotaría quince en alguna pileta

termal a oscuras, después la ducha y vestirse y abordar un auto compartido que lo llevase a la ciudad y fumar. Lo suyo, pensaba, era un plan, no una fuga.

Ni siquiera del tabaco escapaba: en la sala de aparatos, como durante la marcha o en la sesión de gym-box, no aparecían deseos de fumar. En cambio, en los intervalos de descanso entre series cualquier tema que lo distrajese de su cuenta de series y repeticiones y apartase su pensamiento del grupo de músculos que estaba trabajando lo remitía a todo lo que se había prometido no pensar.

Los dos tipos de la polea de tríceps compartían un banco de palancas de pectorales vecino al suyo. Seguían hablando acerca de la nieve. Uno de los dos se planteaba la alternativa de una playa del Pacífico mexicano. México: el Distrito Central, la ciudad asfixiante, ininteligible, y los funcionarios y contact-men que pactan siempre calculando el beneficio secundario de la traición. Bastaba oírlos para darse cuenta. «Aló, Aló, le habla el licenciado Diego Frías de Barrios, de Citicorp, me encantaría que pudiésemos vernos hoy mismo en su hotel...» Negarse a recibirlo habría sido peor. Recordaba: el licenciado durante la comida, diciendo «en verdad no soy de Citicorp, ocurre que mi estudio está asociado con un director de Citi, y prácticamente funcionamos como si fuésemos parte del banco...».

El otro de los dos tipos del proyecto de esquiar o viajar en julio se dirigía al de las playas del Pacífico: «Carlos... No sé por qué cargás tanto peso con pectorales. Pusiste cuarenta y cinco kilos: yo en tu lugar no pasaría de treinta... Yo a lo sumo, aumentaría las repeticiones, ¡Haceme caso!». El tipo iba por la sexta o séptima repetición y la cara, como revestida de una goma morada, se le comprimía en un gesto que borraba sus ojos y sumergía su nariz entre los pliegues tensos de una bola de carne violeta: parecía una cabeza reducida de momia ecuatoriana.

Siempre evitó expresar con la cara el esfuerzo, o el dolor del esfuerzo. Con el tiempo y la edad, sobre esas caras de gimnasio se grabarán estrías y arrugas de expresión, que, como en el caso de la cara de este tal Carlos, van por el mundo representando imbecilidad hasta que la calvicie le añada unos centímetros de frente desplazando a la carcasa velluda de su cráneo.

«¡Déjese flotar!», le indicó el asistente de la sala de baños como si alguien pudiera hacer otra cosa en la pequeña pileta termal. Con esa temperatura del agua nadar era un ejercicio sofocante, intolerable. Y sumergirse era imposible: requería tomarse del último peldaño de la escalera y hundir la cabeza haciendo tanta fuerza con los brazos que ni el buzo más experto podría emularla con un pataleo asistido con aletas. Por eso era fácil dormir: bastaba sentir el calor envolviendo el cuerpo y la fuerza que el agua hipersalinizada ejercía hacia arriba, para anular todo deseo de vigilia y cualquier impulso de pensar o de actuar.

Claro que podían aparecer imágenes peligrosas, o temores como el de dormir y no volver nunca a despertar. Pero cualquier idea era fácil de descartar: las ideas también flotan y un simple movimiento de la cintura o de los hombros puede desplazar el cuerpo y alejarlo de su campo de influencia, como si las nociones y los recuerdos indeseables formaran parte del espacio.

Y el espacio acababa de vaciarse. El asistente había apagado la luz de su compartimento y ahora se sentía flotando en un aura de vapor azul verdoso. Levantando un brazo se lo podía reconocer: el cuerpo se había convertido en una mera silueta hueca, del mismo color del aire y de la superficie del agua. Cerrando los ojos se veía igual: no se reconocía la silueta del cuerpo, pero la oscuridad mental se teñía del color de los vapores del agua térmica, un color que, ya lo había comprobado, después recordaría adherido al olor sulfuroso y denso de la atmósfera de la sala de baños.

Olor a napa, pensó e imaginó el diagrama de un acuífero subterráneo dibujado con el color de las aguas del Caribe. Si se durmiera en ese instante no soñaría otra cosa que un agua azul bullendo. Así eran los sueños de las piletas térmicas: objetos simples y apenas animados. Una bola de marfil rojo se movía lentamente por un tapete verde, la figura de un hombre plano se desplazaba como una sombra en la pared de cal y encima aparecía un cielo negro con dos lunas que convergían desde los lados hacia el centro y nunca terminaban de encontrarse.

Evocó la cara del muchacho de las palancas de pectorales, amoratada y comprimida por el esfuerzo. Ahora sí era una cabeza reducida: le habían calado músculos y huesos y habían curtido el cuero humano antes de rellenarlo con virutas impregnadas de aceite aromático. Todas las cabezas reducidas terminan con la misma expresión de encandilamiento resignado. En Guayana, en la selva, se conseguían por unos pocos dólares. Pero eran réplicas, cabezas falsas que procedían de unos monos de las selvas vecinas, que ya, desde antes de la momificación, se parecían mucho a los humanos, especialmente a ciertos viejos de raza negra.

Los indígenas ni necesitaban técnicas de vaciado de huesos y músculos para reducirlos a la escala del puño de un adulto. Eran monos pequeños y bastaba momificarlos y aplicar tinturas en los pelos para darles un aspecto humano y más verosímil que las cabezas de verdadero origen humano que reducían los jíbaros en Ecuador. Un escocés manejaba la compra y venta de las falsas cabezas. Había amasado una fortuna y se paseaba en un Jaguar verde por las calles de Georgetown. Todo eso, el Jaguar y la pelambre pajiza del escocés tenían un aura fraudulenta que fascinaba a los turistas americanos y los impulsaba a inventar maneras de burlar las aduanas de su país, donde pocos inspectores estaban capacitados para distinguir entre cabezas animales y humanas.

Cuando encendieron la luz y el asistente lo llamó por su nombre remoloneó unos instantes en el agua pensando que por primera vez en su vida había soñado un recuerdo completo, sin agregarle referencias al presente y sin contaminarlo con ideas en las que no debía pensar.

Les mintió a los del auto. Les había dicho que vivía en Palermo —era verdad que vivía en Palermo— y que estaba citado para cenar en un restaurant del barrio norte. Pero nadie va a una comida calzado con sus Nike de gimnasia y cargando un bolso con ropa húmeda y transpirada. Algunos pueden ir vistiendo jeans y una campera como la suya, pero no con un bolso deportivo y zapatillas como esas Nike. O sí: las reglas de etiqueta para la noche de un lunes son suficientemente flexibles y cada cual podía hacer cualquier cosa a condición de que la sintiese como suya, natural. Son pautas que tienen que ver con la moda y con el prurito de la autenticidad, que también suele ser parte de la moda. Y él era uno de los que jamás iría a ese restaurant vestido como si viniera de un gimnasio vecino y no tuviese ni siquiera un auto con baúl donde dejar el bolso.

Se habían encontrado bajo los arcos del puente de Las Termas. Eran las ocho y media de la noche y esperaban los autos de alquiler. Siempre, a partir de las seis de la tarde, se formaba una larga fila de autos blancos a la espera de clientes. Cada vez más gente prefería ir a Las Termas en un auto de alquiler o en un taxi, y lo explicaba con pretextos de seguridad o de comodidad. Esa noche debieron esperar. Eran cuatro, y el hombre de la pareja que tenía el primer turno, no bien apareció un Ford blanco, se dirigió a los otros de la cola preguntando si alguien quería compartir el gasto.

Cada vez más gente piensa en realizar pequeños ahorros. Consiguiendo otros dos pasajeros para amortizar el costo de su viaje esa pareja ahorraría diez pesos. Diez dólares: no más de lo que habría dejado como propina al asistente de la pileta termal o al del hidromasaje.

Al chofer le daría lo mismo. Él sólo querría cobrar sus veinte pesos por un viaje de ida y vuelta que no le llevaría más de treinta y cinco minutos. Los autos de alquiler funcionan con gas comprimido, un combustible tan barato que basta una carga de tres dólares para marchar durante una hora en pleno tránsito urbano. Y a un pasajero como él, que pagaría cinco pesos por el trayecto compartido con la pareja y ese otro tipo, ir y volver en su propio auto le costaría bastante más de diez pesos, contando el estacionamiento en Las Termas y el combustible —no menos de cuatro dólares de nafta— y sin ponderar los contratiempos que pueden producirse en la autopista y en el cruce de los barrios periféricos de la ciudad.

Muchas veces se preguntaba por qué los automovilistas particulares no adaptan sus autos para el uso de gas como combustible alternativo. Era una cuestión de etiqueta social: el uso de gas se corresponde con un tipo de chofer profesional cuya hora de trabajo no vale más de tres o cuatro dólares, lo mismo que la de una mucama. En un auto corriente el gasto de combustible incidiría entre el doble y el triple del salario del chofer, de modo que cuando el propietario comienza a calcular la conveniencia de adaptar el motor de su auto debe pasar por un instante en el que se representa a sí mismo como si lo hubiesen proyectado al último tramo de la escala social donde se confunden choferes, albañiles y mucamas. Entonces entra a jugar la etiqueta bajo la forma de una señal de disonancia entre lo que conviene hacer y lo que uno hace siguiendo la conveniencia y revela el riesgo de lo que le puede suceder. Era una sensación novedosa para la mayoría de los vecinos que guardaban sus autos en las cocheras de su edificio. Uno, aunque no era escritor, se lo había comentado casi en los mismos términos: nunca había pensado que alguna vez llegaría a pensar en estas cosas, dijo. Y eran cosas, decía, que había que

sacarse de la cabeza porque era preferible usar menos el auto, a sacrificar espacio en el baúl instalando tanques de gas suplementarios como si el auto recién comprado para la familia fuese un taxímetro.

Les había mentido a sus acompañantes porque no quería que lo viesen llegando a su edificio en un auto de alquiler con la calcomanía de Las Termas. ¿Por qué también tendrían que saber que iba a Las Termas? Los de seguridad que vigilaban su edificio debían contentarse por saber que venía de algún club, o de un gimnasio y, seguramente, al transferir la guardia, el de la tarde le habría comentado al de la noche que el del octavo piso había salido temprano, de sport, con un bolso de gimnasia, y que lo había visto en la esquina esperando el ómnibus de la línea 39. Era bastante información para agregar a todo lo que sabían y creían de él: que tenía ese auto plateado que usaba poco. Que recibía a una amiga y, pocas veces, a alguna pareja. Que compraba libros. Que trabajaba en algo de computación y pasaba la mayor parte del tiempo en su piso. Que no recibía más correspondencia que los resúmenes de un banco y sus cuentas de gastos. Que era un tipo de vida ordenada y que a veces desaparecía por tres o cuatro semanas. Era demasiada información. Acumularla, recordarla, transmitirla a sus compañeros y cotejarla con la que disponen los vecinos más curiosos, el portero y el administrador eran, casi, parte de las funciones de la gente de seguridad. Eran hombres jóvenes, expolicías o suboficiales del ejército. Seguramente, ninguno de ellos entendía bien su trabajo. Estaban contratados por una empresa que facturaba sus servicios a la administración. A semejanza de los vecinos —propietarios de pisos que debían pagar por ese contrato una cuenta de expensas nunca menor a mil dólares mensuales—, el personal de seguridad debía imaginarse prestando un servicio de protección. Esto venía siendo cada vez más relativo: robos, asaltos, saqueos y crímenes seguirían produciéndose por igual y por medios a los que ningún personal de vigilancia armado podría desalentar.

Los del auto hablaban de armas. El chofer se jactaba de haber conseguido autorización para portar una nueve milímetros. Por la zona donde vivía y el lugar donde funcionaba la agencia de sus patronos, tener un arma era indispensable.

—¿Y si lo asalta un pasajero...? —preguntaba la mujer de la pareja que lo había invitado a compartir el viaje.

—Y... Tendré que hacer la denuncia y comprarme otra... —respondió el chofer, dando por sentado que la mujer sabría que nadie lleva un arma para

proteger su propiedad de asaltos sino para otras cosas que él entendería muy bien pero que difícilmente podría explicar.

Era, y lo dijo en un momento, «un hombre de trabajo». Habló de una manera que a él le hizo pensar que también la gente de esos suburbios entendía que trabajar era un privilegio que a su vez habilitaba para ostentar otros. En este caso la portación de esa pistola, que aún en el mercado negro debía costar no menos del doble de su salario mensual.

La agencia que contrataba a los custodios de su edificio, los había dotado de unos revólveres que, por el diseño que se advertía a través de la cartuchera, identificó como los Taurus .357 Magnum, fabricados en Brasil. Viendo a esos muchachos moverse, oyéndolos hablar de fútbol y comentar sumisamente chismes de los vecinos, quien conociera sus antecedentes en los cuerpos armados y de seguridad apostaría a que pocos de ellos estaban capacitados para manejar un arma de semejante poder de fuego. A esa clase de gente tendrían que armarla con automáticas de tiro rápido y de calibre medio: una 7.65 mm, o una .32 americana. Apostaría a que ninguno de ellos había sido entrenado para la recarga y la administración del tiro y retroceso de los *magnum*. Y si hubiera alguno capacitado, bastaba oírlo contar un programa de televisión de la tarde o preguntar algún detalle banal de las prestaciones del motor de un auto, para dar por descontado que jamás asistiría a un polígono de tiro para mantener las condiciones de destreza que requiere el uso de ese tipo de armas.

Pero en su edificio, como en aquel Ford blanco que estaba entrando a la ciudad, las armas tenían un destino meramente ornamental. Los Taurus eran parte del uniforme del personal de seguridad, una justificación más de lo que cobraba la agencia por sus servicios. Y la nueve milímetros en la gaveta, tal como el saco azul que vestía el chofer y el rosario de cuentas y la cruz de material plástico blanco que colgaban del espejo retrovisor, era una señal agregada para confirmar a los pasajeros y recordarle permanentemente al chofer que el auto pertenecía al sistema de la economía formal, como su calcomanía, su patente, su ficha de identificación, y su impecable pintura blanca.

Tal vez ese chofer fuese uno de los tantos peones de autos de alquiler que distribuían pastillas de éxtasis, anfetaminas y cocaína entre el público de las fiestas nocturnas de viernes y sábados en Las Termas. Pero eso no lo inhabilitaba para integrar la legalidad y la economía formal. Por el contrario, le produciría algunos ingresos que compensaban tantas horas muertas a la

espera de viajes durante los días de semana, y en las primeras horas del día. Ese chofer, como los policías y suboficiales de prefectura y gendarmería que clandestinamente prestaban servicios de seguridad, distribuían drogas o se enrolaban por un día en la custodia de movimientos de emergencia de dinero entre el centro de la ciudad y el aeropuerto, necesitaría pequeños aportes de la economía informal y la ilegalidad para sostener lo que una vida digna requiere: el saco azul, la nueve milímetros, una camisa de repuesto siempre secándose en el patio de su casa.

También un patio y una cuerda para colgar camisas y ropa blanca serían parte de la etiqueta indispensable: la ética de la ciudad y sus suburbios. La ética de los policías: estaba convencido de que la policía fue vanguardia en la tolerancia hacia la pequeña ilegalidad. Ni el tenista que viajaba en el asiento delantero, ni el matrimonio que los había invitado a compartir el auto debían pensar así. Los tres debían participar, cada cual en su medida y sus condiciones, en la pequeña ilegalidad de la clase media privilegiada: falsificarían una receta médica, sobornarían al jefe de compras de sus clientes o habrían contraído el hábito de eludir el pago de algún impuesto. La mujer parecía el tipo de casada que aborta, o que instiga a abortar a su empleada doméstica. Tenía el pelo aclarado o teñido con el estilo que llaman «claridge»: una forma de arreglo personal que siempre se asocia con la mujer que aborta pero que, también, se escandaliza ante cualquier noticia sobre la corrupción policial. Podría ser la esposa del asesor parlamentario de la caminata de aquella tarde. Pero era la pareja del señor que venía a su derecha y que también podría ser asesor parlamentario. O consultor: no es difícil adivinar la ocupación de un ocioso de lunes por la tarde que vuelve a la ciudad desde Las Termas en un auto de alquiler compartido. Llegando a la Bonorino, donde no quedaba más señal de los piquetes que unas tolvas de basura volcadas en la vereda y millares de hojitas de papel tiradas por la calle, tuvo el convencimiento de que su acompañante era operador inmobiliario. Cuando escuchó que le comentaba al tenista que vivía en el barrio llamado Belgrano —«vivimos en Belgrano», había dicho sin motivo alguno y tal vez para activar ese plural que incluía a su teñida— y reparó en la manera de pronunciar el nombre de su barrio como si aludiese a un territorio, o a una reserva étnica, se convenció de que tendría una especial relación con la propiedad: podría ser rentista o agente inmobiliario. No constructor: un constructor no se permitiría un atardecer ocioso de lunes en Las Termas.

Pronto terminaría el invierno. Se advertía porque no eran las nueve de la noche y ya en la zona oeste del centro de la ciudad las calles estaban semivacías y la mayoría de los comercios —hasta los kioscos de cigarrillos— habían cerrado. Aunque no hacía frío —cualquiera podría andar en camisa aquella noche— los barrios aún estaban ganados por una disposición invernal. En las casas y los departamentos estarían comiendo, mirando televisión y hablando de los planes para la mañana siguiente: llevar a los niños al colegio, salir un rato más temprano hacia el empleo evitando el congestionamiento de las nueve de la mañana, devolver esas películas al videoclub. Y la ropa. Y alguna compra indispensable. Telefonar a la abuela: no todos tendrían sueño, pero la mayoría de los adultos ya habrían pensado en la cama y en dormir.

Él no pensaba en dormir. Sabía que en cualquier momento podría acostarse y que en instantes aparecería el sueño. Así eran las noches de lunes y jueves, siempre con la piel oliendo a termas, a pesar de la ducha y de su vaporizador de colonia. Pensaba en fumar. Ya había abierto su paquete de diez Camels y estuvo a punto de extraer uno y retenerlo entre sus dedos, dispuesto a encenderlo no bien dejara el auto. Ninguno de sus acompañantes fumaba.

Y tampoco el chofer parecía fumador. Pero no lo detenía una cuestión de etiqueta: bastaba abrir la ventanilla y encender el Camel para después disculparse y conseguir la tolerancia de los otros tres, aunque odiasen el humo, el tabaco y hasta la proximidad física de un fumador. Al contrario, fumar podría ser una manera de distinguirse del hombre de las raquetas, del agente inmobiliario, del portador de la nueve milímetros y de la teñida abortista de su derecha. Pero abstenerse de fumar y postergar unos minutos la satisfacción del primer cigarrillo también era una distinción y más intensa por el hecho de que ninguno de los del auto podía saber que en ese momento él era un fumador deseoso.

La gente, fume o no fume, ve a los otros fumar, pero jamás verá a alguien no fumar. Solo él sabía en aquel momento que era un fumador ansioso por encender.

Respiró el olor de Las Termas impregnado en sus ropas o en las fosas nasales. Olor a napa. Gradualmente, semana a semana, ese olor sulfuroso empezaba ser tan suyo como la fragancia de la colonia que usaba desde hacía años. En cambio la teñida parecía envuelta en un halo herbal de champú. Tal vez no hubiera nadado ni flotado en las térmicas. No era improbable que fuese una de las tantas que van a acompañar a su marido, o a someterse a

algún tratamiento de belleza. Había conocido a una mujer que iba dos veces por mes sólo para limpiarse el cutis y depilarse. Le había contado eso en el bar y al oírla no pudo evitar imaginarse que, como las actrices de cine porno, tendría el monte de venus y la vulva totalmente afeitados. Pero no parecía una actriz porno, ni una actriz. Debía ser profesora de idiomas o de música. Tenía una buena pronunciación inglesa y una impostación elegante en la voz. No parecía interesada en seducir y eso la hacía más atractiva, pero la había conocido cinco minutos antes de la rutina de marcha de un jueves y bastó imaginarla afeitada y exhibiendo un sexo de bebé adulto para desactivar cualquier proyecto de conquista. Jamás imaginó la posibilidad de acostarse con alguna de las mujeres que conoció en Las Termas: afeitadas, ociosas.

Se acostaría esa misma noche con la camarera que servía las mesas de la ventana del Exeter. Un par de veces lo había atendido y al bajar del auto de alquiler acababa de verla. Debía trabajar todas las noches, salvo los martes, cuando el Exeter permanecía cerrado. Pero no alcanzaba a imaginar una manera de abordarla. Nunca faltaría un cuarentón que, cenando solo, tratase de seducirla y ella sonreiría atenta disimulando todo el desprecio por la edad y por la condición subalterna de un hombre que come solo en el restaurant.

Tendría que encontrarla en otro lugar: en un Blockbuster, en una disquería, o en la cola de entrada a una función matinée del cine. Parecía el tipo de chica amante del cine, y por su trabajo sólo podría ir al cine en las primeras funciones de la tarde. Tal vez fuera una de esas que aparecen en los ciclos de reposición de cine clásico. Suelen ser espectadoras solas y enigmáticas que se ubican en las primeras o en las últimas filas, buscando siempre un lugar apartado de los agrupamientos casuales de público. A comienzos de septiembre habría ciclos de cine chino e iraní contemporáneo. Se propuso ir a alguna de esas funciones. Mejor: decidió que tendría que adoptar el hábito de ir un par de veces por semana a las primeras funciones de la tarde. Allí podría interpelar a ésta, o a otra camarera, o a esa clase de aspirante a actriz que jamás encontraría en su club ni en Las Termas.

Acababa de encender el Camel y volvió a acercarse a la ventana del Exeter fingiendo que esperaba a alguien. La chica dialogaba con los hombres de la caja. Al hablar, trazaba un largo ademán con el brazo izquierdo, al tiempo que apoyaba un codo en la barra y alzaba la pantorrilla derecha hasta rozarla con el ruedo de su uniforme. Parecía una holandesa con esos zuecos de goma sin talonera y el vestido de corte acampanado y estampado con flores que tal vez fuesen tulipanes. Habría que agradecer a los del Exeter que

tuvieran a sus mozas uniformadas con delantales y polleras largas. No se creía capaz de desear a las camareras que anduviera entre las mesas con esas falditas cortas que hacen tan evidente la función decorativa del personal femenino.

Sintió un vago optimismo: efectos de las primeras pitadas del Camel. ¿Dónde viviría la camarera? En ese momento se imaginaba capaz de rondar su barrio a la espera de una oportunidad de cruzarse con ella. A veces estas cosas funcionan, y, al cabo de nueve horas sin fumar, el efecto del primer cigarrillo las hace parecer más viables. Dio una larga pitada al Camel y frotándolo contra una columna de alumbrado le arrancó la brasa. Había fumado menos de la mitad del primer cigarrillo de la noche y caminó hacia la salida del shopping de la calle Posadas llevando los restos del cigarrillo apagado entre sus dedos. Ya encontraría un basurero donde tirar la colilla. Era probable que la chica del Exeter lo hubiese visto en la vereda, con su bolso, y que se hubiera quedado pensando que esperaba a su amiga, y que, como otras veces, los atendería a medianoche en alguna mesa próxima a la ventana.

Pero no pensaba cenar afuera aquella noche ni tenía cita con Pilar, con quien había ido las últimas veces al Exeter. No descartaba que ella apareciese con planes de cocinar o de encargarse por teléfono alguna comida a un restaurant del barrio. Tenía nueve Camels y lo último que querría hacer esa noche era llegar a su departamento para volver a salir. Pilar ya estaba acostumbrada a esos lunes y jueves de sueño profundo: comer, beber una o dos copas de vino, desnudarse y dormir. Después, hacia el amanecer, alguno de los dos despertaría con hambre y terminaría despertando al otro haciendo ruido en la cocina, o encendiendo la luz del baño del dormitorio. Era una de las rutinas de esas noches de cansancio y sin salir a la calle: el sexo antes del amanecer, mezclado con fantasías matrimoniales y recuerdos de Las Termas. Un apasionado y breve intervalo de movimiento indispensable para volver a dormir. Y, después, sueño profundo hasta las nueve de la mañana, si antes no los despertaba el teléfono.

Ojalá nunca más volviera a sonar el teléfono.

Nunca le había contado a Pilar sus fantasías con la camarera del Exeter. Ahora se volvían más nítidas: el ruedo de la falda acampanada, la pantorrilla izquierda, flexionada y alta rozándose con la tela, el delantal con tulipanes o flores rojas marcando la cadera derecha y la mano sobre la barra del cajero dispuesta a escribir sobre un block de hojas de pedido, con un lápiz pequeño.

¿O llevando la punta del lápiz a sus labios para humedecerla, o para sentir sabor a mina de lápiz y el olor de virutas de madera de lápiz y los recuerdos colegiales anudados a ellos...?

¿Cómo abordarla?, se preguntaba al llegar a la puerta del shopping.

Se acercó a la vidriera de un kiosco. Partiendo de allí, y caminando hacia el cordón de la vereda, cualquiera pensaría que estaba saliendo del paseo de compras. Había algunos esperando taxis, una cola incipiente que no terminaba de definirse: los autos venían en una larga y lenta fila por la calle Posadas. Cualquier taxista que dejase a uno de estos pasajeros podría testimoniar que ese desconocido venía del shopping. No era probable que alguien lo preguntase, pero seguía siendo probable que lo improbable llegase a ocurrir.

Justamente, esa clase de esperanza sostenía su fantasía de encuentro con la camarera del Exeter, y también era la fuente del capital de información que dispondrían los tipos de seguridad de su edificio y sus patrones de la agencia. Ahora sabrían que había salido de un gimnasio en el centro y que después estuvo haciendo compras en el shopping. O comiendo o citándose con alguien por allí. Nadie sabe cómo compila información esta gente. Ellos tampoco, pero todo lo que llegan a saber es resultado del azar y cada dato que se agregue por azar a sus fuentes de información y se brinde como una evidencia ocasional contribuye a definir su perfil del vecino. Sería tan difícil determinar cuál sería su perfil, como estimar el grado de atención que le prestaban al señor del octavo, a él. Pero al bajar del taxi, sentía una vaga satisfacción: una vez más había agregado pistas que trazaban un perfil ajeno.

Todavía llevaba entre sus dedos la mitad del primer Camel de aquella noche. Lo ocultó en la palma de su mano al pasar por la cabina de vigilancia. El custodio de la noche lo saludó sonriente. Encendió la colilla en el ascensor y dio una larga pitada mirándose al espejo. A la vista de la chica del Exeter el de la imagen parecería un viejo, casi un hombre de la edad del papá de su mejor amiga. Esto podía ser una pista en su favor o en contra, dependiendo de la manera en que la chica lo integrase a su archivo de perfiles de clientes: era imposible determinar cómo compilaría ella ese archivo natural, espontáneo, pero seguramente lo haría con mayor precisión que los tipos de vigilancia.

Es la eficacia de la naturaleza. Para actuar sobre ella sería inútil sembrar pistas falsas. A la naturaleza solamente se le podrá mentir con la verdad. Sí: tengo casi la edad del papá de tu compañera del turno de mediodía. Sí: a veces voy a comer al Exeter con mi mujer. No: no es mi mujer, ella es casada y hace años que está tratando de separarse y no puede. No sabemos qué es el

amor. ¿Sabés qué es el amor? No creo que alguien lo sepa. Nadie lo sabe. Pero yo no podría decir que es mi novia, ni mi amante. Si dijera que es mi pareja entenderías lo nuestro todavía peor. Son cosas que no se pueden entender. ¿Vos podés entender? Yo no, pero entiendo que entender es sentir que se pudo entender. Lo primero que me gustó de vos es que parecías creer y querer creer. Yo no creo. Cada vez menos gente puede creer. Yo puedo creer sólo cuando me quieren hacer creer. Puedo sí, creer lo que quieren. ¿Qué es querer? No se puede saber qué es el amor, pero, ¿no sentís que querer es poder hacer creer? Algo debió ocurrirme a los catorce, quince, dieciséis años. Desde entonces, de los ojos hacia atrás sigo siendo el mismo y siento que mi cara es aquella misma, mi misma piel, el mismo pelo. Mi cara es esa. Tengo catorce o quince cuando pienso o cuando hablo. Después, si me miro en el espejo, desde los ojos hacia adelante soy un señor, parecido a mis tíos, igual a mi papá. Mientras me lavo los dientes y la cara, o me afeito o me peino soy eso: uno de esos viejos de mi familia que ya murieron, pero no bien me aparto del espejo vuelvo a ser yo, aquel otro, el nuevo que me creo que sigo siendo todavía. Tal vez eso me ocurra porque no tuve hijos. ¿A quién ves vos en el espejo? ¿Qué edad puede tener ésa que ves cuando te mirás en el espejo?

No le podía contar a Pilar sus fantasías con la camarera. Y, por la misma razón, no podría ocultárselas, negando, si las adivinara y preguntase pidiendo una confirmación. Ahora estaría llegando. Acababa de telefonar: se demoraría un rato comprando comida para cenar, dijo. De modo que una vez más sumaría el hambre a cualquier otro motivo de la espera. Dominaba ese arte: era una destreza natural de la mujer. Ahora la deseaba. A pesar de su facilidad la deseaba tanto como a la imposible camarera.

La camarera tendía a convertirse en otro de esos temas que retornan. Hacía años —haría entre diez y quince años— que vivía con una conquista sexual pendiente. Siempre el objeto era una desconocida, o alguna conocida pero separada por una barrera social o geográfica infranqueable. Estaba lejos, estudiando en Leipzig, era la hija de uno de sus socios en los años noventa, enamorada de un chico de su edad, o una vecina que apenas le devolvía el saludo y a quien jamás había visto sonreír. Ahora la chica del Exeter ocupaba el mismo lugar y retornaría. Sin embargo la sentía más cercana. Siempre lo había visto con Pilar, y el amor, o la imagen que del amor de una pareja de un hombre de cuarenta y una mujer de poco menos de treinta años puede forjarse la muchacha que atiende su mesa en el restaurant es un factor de atracción tan

fuerte o mayor que la eventual elegancia, o la cultura y su despliegue insinuante en cada mínimo intercambio de frases.

—¿Sabés quién me pareció que estaba nadando en la pileta de Las Termas...? —preguntaba y él mismo respondió—: La moza... La pendeja que nos atendió las últimas veces en el Exeter...

—¿Cuál? ¿La alta que pone carita de maligna y se ríe...? —quería confirmar Pilar.

—Sí... La de las mesas de la ventana... —dijo él mientras ella abría los paquetes del restaurant.

—¿Y le hablaste? —quería saber.

—No... Me la crucé nadando y cuando terminé los quince largos de crawl no estaba más... Ya se habría ido...

Era el arte de decir la verdad mediante mentiras.

Sería raro que una moza de restaurant apareciese por Las Termas, pero a Pilar todo le resultaba natural. Entre lo que pudiera suceder y lo que alguien dijese que sucedía nunca pareció sentir que habría diferencias. Al menos mientras estaba con él. Al parecer, con su marido las cosas funcionaban de otra manera. Tenían, le había dicho poco después de conocerlo, una «relación tormentosa». Eran, dijo, un matrimonio destruido por los celos. Parecía increíble: nunca podría imaginarla padeciendo o provocando celos. Debían ser dos mujeres distintas: la que dormía con él dos o tres veces por semana, y la que se quedaba en la casa matrimonial durante el resto de los días, sufriendo y provocando los celos de su marido.

Tal vez hubiera otra: la que administraba una clínica y negocios con el Estado y los partidos gobernantes y no pasaba un mes sin que hiciera alguna inversión inmobiliaria o de bolsa. Esa mujer que desaparecía entre las once de la mañana y las nueve de la noche no podría, durante esos intervalos, provocar ni padecer celos como los que torturaban a su marido, ni deleitarse con la indiferencia, según venía haciéndolo con él desde hacía más de un año. ¿Estaría loca? Tal vez sí.

El marido debía saberlo. Era psiquiatra y aunque también estuviese loco con su tormento de los celos, tendría alguna teoría, un diagnóstico o una hipótesis surgida de sus estudios o de su experiencia profesional. En eso ella lo admiraba. Hablaba de sus congresos, de sus éxitos en concursos universitarios y del respeto que inspiraban sus intervenciones. Pero al mismo tiempo decía que era un abúlico fracasado porque no ganaba dinero y perdía tiempo en la universidad y en los hospitales públicos. También decía que

jamás tendría un hijo de él, que era la clase de persona que no sirve como padre y que sexualmente era una ameba.

¿Cómo sería una ameba? Le interesaba comprender:

—¿Y se lo dijiste a él...?

—No —respondió ella— pero le dije y sabe bien que siento que es como un gusano...

—¿Y entonces por qué cogés con él?

—¡Yo no cojo con él! —respondió ella y había sido la única vez que pareció indignada, enojada.

—¿Y qué hacen en la cama?

—Eso es algo muy íntimo de lo que no pienso hablar...

En realidad, le importaba poco lo que hiciesen en la cama y en el mundo. «¿Querés que me separe, que no lo vea más?», le había preguntado ella una noche y él le dijo que no. Venían en el auto, pasaban frente al hospital de su marido, ella de repente había llorado sin motivo y él había dicho que tendrían que evitar esas escenas y que era difícil estar con una mujer de quien nunca se terminaba de saber qué le podía estar sucediendo.

Pero pensaba en otra cosa: el peligro del absurdo metiéndose en su vida. Que el marido, en su locura, apareciese una noche y los mate, o la mate, o intente matarlo a él, poniendo en evidencia ese fondo de muerte sobre el que se apoya cada relación estable entre dos personas. La repetición de los encuentros, las comidas, los viajes y el sexo van grabando sus pequeños hitos a lo largo del tiempo, y ponen en evidencia un tiempo que no es el tiempo de los contratos, los negocios y los proyectos de inversión. Un proyecto, un negocio, o la carrera académica del doctor ameba, pertenecen a un tiempo infantil, escolar, que transcurre permanentemente apuntando a una meta. El tiempo de los hitos del amor —¿qué es el amor?, se preguntaba— no tiene desenlace, graduaciones ni finales de curso. Quizás sea el mismo tiempo de la física o el tiempo de la mente, pero su límite no es una meta sino la desaparición de todo tipo de meta. Llegado al límite se borraron las metas, se disolvieron. Desapareció el tiempo. Desaparece todo.

Eso es lo íntimo de lo que no se debería hablar. Como el dinero. ¿Cuánto tendría ella? No menos de tres, quizás diez o más millones. Ni ella debería saberlo. Tampoco parecía importarle. Una vez dijo que estaba en la etapa de ganar, no de contar dinero. Quería más, necesitaba tener más. No temía perder, ni parecería pesarle mantener a su marido: ahora mismo quería comprarle una clínica. En realidad, querría que su marido le pidiese que

comprara una clínica para él. «¿Y a vos, no te gustaría tener un campo?», le había preguntado después de decirle que antes de separarse quería que el marido le pidiese una clínica. Estaba dispuesta a dejarle su departamento, el auto y todo lo que el tipo necesitara y no fuese capaz de conseguir por sus medios. Pero el psiquiatra parecía no pedir otra cosa que seguir padeciendo. Como un gusano, pensó y yo también, como otro gusano. Y si ella se separase, me regalara un campo, y viniese a visitarme al campo, yo también me iría convirtiendo en una ameba de campo, pensaba.

Pilar, que sabe convertir cualquier idea en dinero y cada encuentro social en un contrato, puede convertir a un profesor de medicina en una ameba con forma y hábitos sexuales de gusano, y sueña en convertirme en un gusano chacarero, o en un granjero del oeste de la ciudad, pensó y mintió:

—Sabés que a la siesta soñé que era el granjero de una película del *far west*... —casi gritó porque ella estaba en la cocina.

Hacía rato que abría y cerraba la heladera y la alacena, hacía ruido con platos y cubiertos, iba y venía asomándose al salón o trayendo un mantel. Era su simulacro de cocinar a partir de las bandejas con pollo, ensaladas y postres que había traído de la calle. Le gustaba demorar la comida y prolongar los intervalos entre platos y le gustaba verlo sentado comiendo y esperando. Era una suerte de venganza. Una vez le explicó:

—Pasa que mi marido, las pocas veces que está en casa y no duerme, come parado en la mesada de la cocina... No tolera sentarse a comer, ni ver comer ni que lo miren comer... ¡Parado come!

Tal vez fuese verdad, pero se preguntó si no sería, eso también, algo muy íntimo. Le recordó:

—¡De parado! ¿Te acordás de esa vez que te cogí parada abajo de la ducha?

—Sí... Fue en Pinamar...

Debía ser el amor. El amor también podía ser un largo viaje por el tiempo destinado a coleccionar recuerdos de recuerdos que con los años irían evocándose y cambiando. Pero eso no explicaba nada. Se sentía inmóvil en el sillón, en los brazos tenía olor a aguas termales y en la espalda y en los hombros señales de dolor mezclado con fatiga. Y mientras tanto, ella jugaba a cocinar armando platos sobre la mesada de mármol. Ahora estaba cortando algo: de la cocina venían los chasquidos de un cuchillo golpeando contra la fuente de cristal. Ella cortando era el anuncio de otro intervalo de espera. Sabía que estaba cortando pollo, pero prefería imaginarla cortando carne: una

pieza de lomo jugoso, no trinchada y sostenida con la mano izquierda, con sus dedos y sus uñas esmaltadas empapándose de sangre, o de jugo de carne sanguinolento, que ha de ser lo mismo.

Trató de imaginar cómo sería un sueño con una mujer de manos ensangrentadas por la carne jugosa que acaba de cocer y que transcurriese en una granja del oeste americano. Decidió que debía ser la historia de alguien que soñó que era el granjero de una película de cowboys y que sólo recuerda la escena del sueño: el cielo, la granja y los caballos de pelo marrón amarillento como los arneses y las monturas de cuero gastado.

Ya no cortaba. Llegaba con una bandeja con vajilla, cubiertos y servilletas y empezaba a disponer la mesa como si esperasen a un invitado. Habló:

—¡Qué casualidad! Este fin de semana me acordaba de un regalo que me hicieron cuando cumplí los diez o los once. Era una casa de muñecas de dos pisos que parecía una granja del lejano oeste... ¡Era enorme...! Había que armarla y ocupaba casi la mitad del cuarto...

Después pasó a la cocina y al volver con las fuentes y la botella de vino corrigió:

—No, diez no, once... Debió ser cuando cumplí doce o trece, porque me acuerdo que ya era señorita...

Reía de su recuerdo. Él también sonrió al oír la palabra «señorita». La imaginó pequeña y delgada, ya menstruando, y estuvo a punto de decirle que él podría haber sido un muñeco cowboy que se asomaba desde la ventana de la casita atraído por el olor de su menstruación.

Sí: con el tiempo trataría de circunvalar el campo de golf trotando. Alguna tarde fresca ensayaría hacerlo con un trote lento y contralado, y semana a semana iría aumentando la velocidad.

Uno de los efectos de la natación, el baño, la gimnasia y la marcha de los lunes y jueves era establecer cualquiera de las metas caprichosas fijadas en el curso de los entrenamientos como si formase parte de los deberes ineludibles de la vida. Parecía una forma de la avaricia: hacer presente el capital de rendimiento obtenido cada vez, y con él, todo lo demás que se podría y se debiera alcanzar.

Otro efecto era el hambre. De alguna manera, ella celebraba su agotamiento y el hambre que hacia las diez de la noche se le volvía intolerable. Le gustaba verlo esperar para después mirarlo comer y volver a servirse otra vez y seguir comiendo. Otro efecto era la atenuación y la virtual

desaparición de todas las urgencias: quedaban el hambre, el cansancio que impulsaba a dormir, las metas fijadas en términos de minutos, segundos, largos de pileta, circunvalaciones del camino y repeticiones de ciertos movimientos y ejercicios. Todo lo demás pasaba a un plano de acontecimientos que podían no suceder y que no cambiarían nada. Podría aparecer el marido de Pilar armado para matarlos y no cambiaría nada. Podría emerger un decreto de Washington cancelando las visas y clausurando su cuenta con los últimos depósitos que debían quedarle y no cambiaría nada. Ella estaba mirándolo y preguntaba:

—¿Qué estás pensando ahora?

—Nada... Pensaba en el pollo, en el vino, en todo lo que comimos, y en el cansancio. —Mintió—: Y en vos, pensaba. Pensaba que cualquier otra mina diría que me mato dos o tres veces por semana en el gimnasio para no cumplir mis deberes masculinos... ¿Dicen así, no es cierto?

—Las boludas sí... dicen así. Pero para una mina de verdad es un elogio que un tipo quiera estar con ella sin tomarla como un objeto sexual... Al menos —corrigió— algunas veces por semana...

Tal vez se equivocara. Al menos desde la perspectiva de un hombre, una cita sexual hacía presente el deseo de la mujer, sea para satisfacerlo, o para eludirlo. Pero esas noches de lunes y jueves cuando caía rendido por el sueño, al no representarse el deseo de la mujer era como si ella no existiese. Aunque tal vez ese fuera su deseo o su satisfacción: no existir. Es otra cosa que no se puede saber. Él bebería la segunda copa de vino, fumando desde antes de terminar el postre, ella le ofrecería café y él, sintiendo una leve embriaguez soñolienta, diría que no y se iría a la cama. Se dormiría oyendo ruido de platos en la cocina: ella estaría ordenando los restos de la cena para, como decía, «no dejar una escena repugnante a la empleada de limpieza». Después no sabía más. Ella quizá encendiera el televisor del salón, o se acostaría a su lado hojeando una revista. Lo miraría dormir, o sentiría su respiración y el olor a termas sin discernir si era su olor, parte de los efectos de su colonia o de su espuma de afeitar, o la fragancia del lavado de las sábanas. Después también se quedaría dormida. No se puede saber qué siente o qué desea una mujer en esos intervalos de ausencia de la voluntad del hombre.

Nada se puede saber. Imaginar lo que pueda estar pensando, sintiendo, o pensando-sintiendo alguien que forma parte o que genera los hitos de la propia vida, requiere poner en juego la memoria de todo lo que se sabe sobre el otro y sobre todas las cosas del mundo. Es como uno de esos ejercicios que

demandan la intervención de músculos que casi nunca se emplean conscientemente y que por eso exigen poner en juego toda la voluntad. Pero la voluntad en acción arrastra con ella los deseos, lo que uno quiere hacer del otro. Y eso es algo que también se ignora.

Idealmente, pensaba, habría que imaginar al otro como si uno mismo no existiera, pero se actúa a la inversa y se imagina lo que siente o piensa el otro como si fuese el otro quien no existe. Pero seguro existe. Quizás exista mal, pero igual existe permanentemente. Y uno también existe permanentemente. Hay relatos de lo que le sucede a la gente, y esos relatos existen, pensaba. Pero lo que le sucede a la gente no es un relato y aunque pensar en otro sólo consiga traducirlo a un relato y convertirlo en un personaje del relato insípido de la vida, nada de lo humano tiene desenlace.

Incluyendo la muerte, pensaba, todos los finales son tan aparentes como el punto final del día: dormir. Uno se duerme y queda ausente de todo. Aunque entre al sueño sabiéndose mirado o esperado, duerme y suspende su permanencia en el mundo. Así sería la noche de los antiguos.

Pocos habrán vivido en cavernas. Sería preferible imaginar que todos durmieron envueltos en una capa externa de noche oscura, y protegidos por la piedra eterna de una montaña. Pero ya no hay cavernas. Ahora la noche terminó y siempre habrá una luz exterior encendida, cien señales de cable estarán disponibles para reproducir sus relatos en los televisores, los termostatos siguen vigilando el registro de un cambio para poner en marcha calefactores y refrigeradores, hasta en la noche más oscura habrá millones de hombres trabajando y en todo instante del mundo las estadísticas y con ellas las estadísticas de sus horas de rutina y de sueño se siguen compilando y uno duerme en la noche parcial.

En un par de horas amanecerá en Praga. Poco después aparecerán las primeras luces en el cielo de Berlín. Los que despierten sentirán el otoño con su claridad cada vez más tardía. Y a las ocho y treinta, en las oficinas de migraciones, se imprimirán automáticamente las planillas de residencia vencidas a la fecha. Nadie les prestará atención. Son bases de datos que quedan ahí, en disponibilidad, sólo para garantizar las memorias ópticas y magnéticas del sistema seguirán correspondiendo números y nombres, ingresos y salidas del territorio de la Comunidad, orígenes y destinos de sus movimientos.

Anualmente, el europeo medio vuela mil setecientos kilómetros, recorre diecinueve mil en automóvil, seis mil doscientos en ferrocarriles y

trasbordadores, y mil quinientos kilómetros más por otros medios. El ciudadano va y viene incesantemente. Y sin embargo, en el sueño hay caravanas de hombres a pie, a lomo de mula o de camello, en carromatos empujados por esclavos, casi no humanos. La humanidad europea vuelve a África del Norte, a sus rocas, playas, desierto. Y ahí se convierte al Islam. No era una conversión superficial, religiosa. Su piel oscurecía, los pelos de la nuca y las sienes se enrulaban, crecían sus dientes. Con la lengua palpaba una boca distinta. Aún hablaba inglés y español y podía balbucear algunas frases en francés, pero la lengua encontraba otros dientes y otras encías que entre unos carrillos crecidos le daban un tono alternativamente pastoso y gutural a su voz. Las puertas de la terminal aérea de Frankfurt lo detectaban con sus señales luminosas. Era un marroquí sometido a inspecciones con rayos que buscaban señales ocultas en su pasaporte, pero sólo llevaba diamantes y mensajes cifrados con las rutinas de los ejercicios de musculación de Las Termas. Allí, en Las Termas, habían establecido finalmente una sala de embarque para no ciudadanos de la Comunidad y exigían trámites cada vez más complejos e inspecciones con láser para acceder a la terminal de metro que conducía a las napas. No era fácil completar la ficha de migraciones argentina de Las Termas. Nadie comprendía sus caracteres árabes y estaban buscando un instructor de gym que supiese taquigrafía para que les tradujese su verdadero nombre. Pero ya nadie sabe taquigrafía en Las Termas ni en Buenos Aires, de modo que empezaban a intentar descifrarlo con grabadores y redes de captación de sonido para determinar su verdadera identidad. Y él aguardaba con paciencia islámica. Acababan de detectarlo y sin embargo sentía crecer una sensación de sosiego. El sosiego debía ser la ceguera que sucede a la conversión: en alguna parte había leído eso. Ciego, acababa de volverse opaco a los rayos X, al láser y a la luz fulgurante de Las Termas. La opacidad de Alá. Nada podrían descubrir en su cuerpo, en su equipaje ni en las señales invisibles que tantas aduanas europeas habrían ido grabando con láser en su pasaporte. A ella lo que ahora la calentaba era su paz interior. La paz de Alá. Ella era una cristiana que se había tendido desnuda a su lado, sedienta de sexo: sería la primera vez que se acostaba con un hombre de piel oscura, olor a mercado marroquí y sabor a carne de cordero y cebolla. Necesitaba oler sus dedos. Estaba seguro de que chorreaban jugos de carne argentina y que olerían a asado y a perfumes de cristiana blanca. Si despertase, claro, si despertase, dejaría de sentir ese olor y volvería a ser un argentino blanco, o un uruguayo. Pero mejor seguir en aquel sueño árabe para penetrarla severamente como un marroquí: ambos empapados de jugo de

carne aceitosa, ella entregada a una muerte africana y él evocando la cópula ritual con una cordera. Olorosa, plena de copos de lana blanca, con una vagina áspera y ondulante que se contraía al berrear, o al balar. La argentina se había convertido en una cordera y si conseguía avanzar dormido en esa cópula, conservando la identidad de su sueño marroquí podría seguir penetrándola hasta el final sin que dejase de ser una cordera con los pechos, los brazos y el cuello cubiertos por esos vellones de lana blanca que al arrancarla con los dedos le producían un estremecimiento en todo el cuerpo.

En todo el cuerpo: había una gracia y la gracia del sexo en aquellos amaneceres que sucedían a los lunes y jueves de Las Termas era ese cuerpo único y animal que ambos terminaban componiendo semidormidos.

El amor podría ser también eso: la producción constante de recuerdos de un entresueño compartido. ¿Qué es el amor?, se preguntaba al despertar. Estaba la pregunta, como el recuerdo de una frase publicitaria de la televisión y detrás la evocación de la tarde del lunes en Las Termas. Un recuerdo hecho de imágenes de campo, repeticiones de series y ejercicios y figuras humanas yendo y viniendo envueltas en ropas multicolores. Nadie podrá responder qué es el amor, pero el recuerdo, al despertar, parecía fácil de definir: era como una melodía de imágenes sucediéndose, sostenidas por un fondo rítmico de sonidos graves fijados en el cuerpo. Dolor en pectorales que arraigaba en los bíceps, esa punzada lateral en el abdomen, tensión en la parte frontal de los muslos. Una armonía de fondo, señales negativas del cuerpo que, en conjunto, anunciaban la vida como algo positivo y capaz de reconstruirse cada mañana.

Del amor no se puede saber. Tal vez se vaya consumiendo con su empleo, las series, las repeticiones. El amor, que puede convertirte en un cuerpo oscuro, marroquí, o en una oveja que al desnudarse va cediendo retazos de su piel con vellones de lana o seda, nunca termina de encontrar su armonía y no hay manera de imaginar cuáles serían los acordes bajos de fondo que lo sostienen.

Tal vez sea el pulso de los instantes la música que lo sostiene: lo inaudible, la monotonía inaudible. Pero allí estaba ese otro cuerpo, una espalda curvándose sobre la almohada, y un largo brazo perdiéndose bajo la funda para abrazar la almohada. Almohada es una palabra árabe. Alma no. Tampoco amor. Tal vez Alhambra signifique algo. El hambre no. Volvía a sentir un hambre especial: desayunar un jugo de manzanas, carne de cordero y una hogaza de pan cocido en un horno de barro del desierto africano. Ella confiaba en el progreso. Si despertase y le contara su fantasía de desayuno

árabe, comentaría que alguna vez el *delivery* de desayunos se perfeccionará y ella registrará en la memoria de su teléfono móvil un número al que podrá llamar para ordenar un desayuno árabe o africano. Ya tenía grabados varios números de *deliveries* de pizza, uno de sushi, otro de parrilla y de una heladería italiana. Quedaba espacio magnético para otros.

—¿Y si perdés tu celular...? —le había preguntado una noche mientras ella pulsaba una tecla para encargar sushi y tempura.

—¡Yo no pierdo los celulares...! —protestó ella.

Hay muchas clases de mujeres, pensaba al levantarse, y entre ellas están las que viven convencidas de que nunca extraviarán su teléfono celular. El amor podría también llegar a ser eso: un constante descubrimiento de la diversidad humana, o al menos, de la arborescente diversificación de la mitad de los humanos que son mujeres, sumergido en una suerte de conjuro contra la certidumbre de que todo se pierde.

Pero nunca se sabe qué es el amor. Las librerías y bibliotecas están llenas de manuales y tratados sobre el amor, y es tanto el amor de los autores y compiladores a su propia obra que en ellos se puede aprender mucho sobre los motivos de su escritura y nada sobre el amor.

Tendría que haber alguna suerte de curso, inducción o sistema que adiestrara a la gente habilitándola para saber qué sentir por el amor, qué hacer con el amor, y, qué pensar y decir acerca del amor.

En su país, la Argentina, hasta hacía un par de décadas los ciudadanos varones eran confinados entre diez y veinticuatro meses para recibir adiestramiento militar. Raro en un país tan pacífico. Más les habría servido a los jóvenes una temporada de aprendizaje sobre el amor, si esto fuese posible. Y tal vez sea posible. Conoció a una mujer de cerca de treinta años de edad, que firmaba su correo electrónico como diotima@arg.net. Acababa de divorciarse y estaba convencida de que gracias a la separación había descubierto su cuerpo. Planeaba convertir el departamento que había compartido con su hombre en un verdadero templo del placer. Así decía: «verdadero» y «templo». Como era de esperar, en pocas semanas el dormitorio y el pequeño salón se volvieron un muestrario del peor gusto contemporáneo. Cojines y almohadas con fundas de seda china, dos *foutons*, reproducciones offset de clásicos de la pintura erótica, pipas de agua y típicas fuentecitas de plata esterlina para inhalar polvillo de coca aparecían en cada lugar donde se detuviera la mirada del visitante. Y esos cajones... Seguro allí habría lencería erótica y algún juego de consoladores de plástico imitando

metal dorado, o revestidos en caucho siliconado símil piel de pene de atleta norteamericano.

Mejor no mirar ni espiar y mucho mejor sería no escuchar la música que coleccionaba en los estantes anexos al equipo cuadrafónico.

—Tiene «delay»... —decía no bien notaba que alguien había reparado en su equipo de sonido.

El «delay» es un sistema de altavoces redundante, que por algún dispositivo electrónico emite parte de la música una fracción de segundo después que uno la ha escuchado desde las fuentes primarias de sonido. Eso crea una ilusión de profundidad. Algo parecido suele ocurrir con los incentivos al placer erótico basados en criterios arquitectónicos, decorativos e indumentarios por una parte, y tecnológicos por otra. Todos ellos simulacros, que, bien mirados, aparecen como simulacros de simulacros.

La historia de la representación está puntuada por graduales perfeccionamientos del arte de adornar adornos, de modo que este comportamiento de las consumidoras contemporáneas de erotismo no ha de asombrar a los expertos.

Pero el experto no enfrenta a la vida diaria como a una muestra retrospectiva de pintura. Para él, las pinturas y las fotografías son indicios de una época, de una tecnología y de un conjunto de sentimientos y creencias de sus autores y de los que coleccionaron esas piezas originales o colgaron sus réplicas degradadas en las paredes de salas y dormitorios. Poco importará lo que representen: el juego de colgar y adornar adornos no busca la representación, sino representar con representaciones. Y esa decoración y la utilería que dejan en el experto una mezcla de perplejidad y desencanto, pueden representar, para quien las compone, todo lo que debe decir en la vida. Y en todo momento de la vida.

La profundidad instantánea que crea una vida llena de efectos «delay»: no importa si vuela a esa altura que antiguamente llamaron «lo sublime» o se derrama hacia abajo. Da lo mismo: lo más bajo siempre seguirá siendo el mundo visto desde la altura imaginaria a la que nos proyecta cada salto, cada ilusión de cambio.

Lo que importa es no estar aquí, en la planicie de la vida donde todo se borra y desaparece junto a cualquier pregunta inoportuna. ¿Que serán el amor, la guerra, la música, la muerte, el cuerpo? Tal vez nada: sólo preguntas, buenos motivos para no estar aquí.

Se afeitaba. Y, pese al ruido de turbinas que producían las canillas del lavatorio y la bañera, Pilar seguía durmiendo. El aroma mentolado de la espuma de afeitar le hizo pensar en los militares. Era algo que ellos imponían a los jóvenes reclutas: el cuidado personal, la indumentaria, el aseo, la prolijidad. Y esto no porque persiguiesen un ideal de elegancia o belleza, todo lo contrario: la educación militar pretendía un ideal de uniformidad que comenzaba suprimiendo cualquier emergente de la elegancia o la belleza masculina en estado natural. Era una meta prusiana fundada en el supuesto de que reduciendo al mínimo las diferencias entre hombres se conseguiría un mejor funcionamiento de la masa de soldados como conjunto.

Así, durante casi un siglo, se formaron más de ochenta generaciones de soldados que no servían para la guerra. Ni para nada: no servían ni para servir, porque tanta disciplina arbitraria nunca llegaba a inculcar el goce de servir a una tropa.

Eran muchachos rapados y uniformados que los oficiales usaban para ínfimas tareas de servidumbre que siempre prestaban maldiciendo para sus adentros y jurando vengarse alguna vez.

El ejército era una fábrica de masas de vengadores que nunca se vengarían y el llamado servicio militar no era una institución que preparase gente para la guerra. Los jóvenes varones pasaban entre diez y veinticuatro meses encerrados en un cuartel, sometidos a una rigurosa disciplina y, sin embargo, al volver a la vida civil, la mayoría de ellos, que ni había aprendido los rudimentos de la lucha cuerpo a cuerpo, pronto olvidaban todo, como a un mal sueño.

Es evidente, pensaba frente al espejo, que en la Argentina la práctica del fútbol ha contribuido a la preparación física de los varones mucho más que todo aquel tiempo perdido bajo el mando de sedentarios suboficiales que jamás combatieron. Y los espectáculos de fútbol, con la pasión violenta que magnetiza al público de las tribunas son una escuela de combate más eficaz que cualquier rito cuartelero.

Cierto que el ejército y la marina adiestraban en el tiro con fusil durante un par de semanas. Eran prácticas de puntería en condiciones ideales que infundían en los jóvenes la noción de la guerra como un certamen de tiradores dispuestos en trincheras enfrentadas: en lugar de blancos, cabezas de contendientes distraídos.

¿Qué es la guerra? se preguntaba. Es algo difícil de entender, pero cualquier cosa que sea la guerra será algo diferente de lo que al cabo de su formación se habrán representado los reclutas forzosos de aquellos tiempos: millares de muchachos devueltos a la vida civil sin haber adquirido siquiera una idea aproximada de guerra, ni deseos de guerra o motivos de oponerse a la guerra, para evitarla, ni criterios para contemplarla como una posible solución a algo.

¿Qué pensaría Pilar acerca de la guerra?, se preguntaba al salir de la ducha.

Llegaban ruidos desde la cocina. Ella se habría levantado y estaría preparando café.

Vivía en guerra contra la suciedad y el desorden. Acababa de preparar el café y ya estaba vaciando y lavando los filtros de la cafetera. La mujer de la limpieza subiría a las doce y hasta podría sentir como una ofensa que otra se tomara el trabajo de borrar las huellas de la noche y del desayuno. Pero era inútil recordárselo. Se acercó descalzo y en silencio, la tomó por detrás, le abrazó la cintura y le lamió el cuello. Olía a vapor de café. Alzaba los hombros con un movimiento de rotación y habló como concertando o consultando algo:

—Primero desayunamos... ¿No?

—No primero voy a vestirme... El piso está helado... —dijo él.

Sonaba la alarma del tostador. Como siempre, ella habría cargado cuatro rebanadas de pan de centeno y otras tantas de pan blanco. En instantes la máquina comenzaría a emitir tostadas con intervalos de dos segundos. Era una máquina industrial, diseñada para bares y hotelería, capaz de procesar doce piezas por minuto. La había encargado ella mediante una compra telefónica ofertada por su tarjeta de crédito. Como el exprimidor a presión, operado por una palanca de brazo hidráulico, y la procesadora de alimentos, que venía con un manual de instrucciones de más de cuatrocientas páginas, eran artículos originariamente destinados a la industria que ahora encontraban su mercado en hogares y en sitios como su mismo departamento, al que nadie consideraría un «hogar».

Los hogares tienen hombres, mujeres y niños: familias. Tal vez antes no, pero actualmente las familias son tan lábiles y frágiles que necesitan parecerse entre sí para que cada uno de sus miembros viva seguro de su identidad. De lo contrario se disolverían: nadie sabría quién es. Y en el esfuerzo por parecerse

y asimilarse, las familias se van despojando de su identidad de «hogar». Tal vez el mejor medio que las familias encuentran para parecerse entre sí es conseguir parecerse a otra cosa. Hasta su propio departamento, en aquel sector de la cocina, empezaba a asimilarse a la imagen de un pequeño comercio, o a una dependencia o al laboratorio de la industria de la alimentación.

Con un ruido de cerrojos emergió un primer par de tostadas. Dos rodajas de pan de centeno humeante, doradas hacia los bordes. Parecían una pareja, mellizas, idénticas: hijas de una matriz industrial doméstica. Y ahora ellos también comenzaban a parecer una pareja: sentados, absortos en el dispositivo que con el titilar de una luz amarilla anunciaba la inminencia de un nuevo parto.

—Ahora vienen dos blancas... —dijo ella y, en efecto, la máquina emitió dos tostadas, esta vez de pan blanco y con un sonido que le pareció diferente: era el mismo cerrojo, pero atenuado y seguido de una vibración mecánica.

Seguía mirando el titilar del indicador de la máquina mientras mantenía cerca de su nariz una tostada de centeno. Respiraba el olor una y otra vez como quien cata una copa de vino. «Extasiada» no sería la palabra justa. La imitó: tomó dos tostadas, una de pan blanco y otra de centeno, las montó como formando un sándwich y comenzó a rotarlas y a olerlas. La más oscura tenía un perfume vegetal con notas de azúcar quemada, la blanca tenía un olor infantil a leche hirviendo destacado sobre un fondo agridulce. Anticipó el crujido que producirían al morderlas y antes de llevarlas a su boca bebió un sorbo de café amargo. Sonaba el cerrojo y apareció otro par de tostadas. Ella estaba masticando pero seguía con la mirada fija en el tostador y oliendo la tostada intacta que sostenía con la mano izquierda.

—¿Olor a qué dirías que tiene...? —preguntó.

—A pan tostado, a campo —dijo ella.

—Yo no siento nada de campo... En el fondo, me parece sentir algo eléctrico... Olor a plancha recalentada, o al interior de los televisores: olor a cables y plaquetas electrónicas recalentadas...

—¿Olor a radio? ¡Nada que ver! Yo diría que es todo lo contrario —dijo, y volvió a preguntar—: ¿Cómo podés sentirle olor a radio...?

—Al olerlas despacio se siente. Una vez que pasa la primera impresión se siente algo así...

Ya no miraba el tostador industrial. Lo miraba a él y representaba incredulidad con las mejillas y la boca. En cambio, con los ojos...

Los ojos. Claro: ella no fumaba. Tenía las córneas límpidas y transparentes, más notorias cuando se las miraba de perfil que al enfrentarlas transluciendo sus iris castaño amarillentos. Y alrededor brillaba una piel blanca, cubierta de una humedad uniforme, sin señales de arterias ni pliegues. Por eso siempre al mirar frontalmente ella parecía estar desafiando con una imagen de salud o de desprecio a los que fuman o han pasado una mala noche.

—¿Qué me mirás? —le preguntaba.

—Vos me mirabas. Yo vi que me mirabas y entonces te miré los ojos... La parte blanca de los ojos... Es rara... No es blanca: es como de un gris brillante.

—La tuya igual... —dijo ella—. Todo el mundo la tiene igual.

Mordía una tostada, mirándolo. Después bajó la vista, se miró las yemas de los dedos y empezó a agitarlas, frotándolas con el pulgar. Se libraba de ínfimas migas, areniscas de pan.

Así podrían librarse todos los humanos de sus errores y creencias equivocadas: frotando a unas con otros y amalgamándolos hasta que adquieran una masa adecuada para individualizarse y caer por su propia gravedad. Pero no: parecería que agitar los dedos y concentrarse en la imagen y el tacto de la propia mano es un trabajo demasiado complejo para emprenderlo en el curso del vertiginoso tiempo de la vida. Hay que estar en el tiempo congelado de un desayuno como éste —pensaba—, para detenerse en una mano que hace tan pocas horas vi sangrar y ahora amasa miguillas de errores y de tiempo.

La piel de una mejilla y del mentón y el cuello olían a café. Como el vapor de la cafetera semindustrial de la cocina: un olor hogareño. ¿Qué es el amor?, se preguntaba pensando que debía existir algo como lo que se suele llamar «amor» y liga a uno con la mujer tal como muchos se ligan al olor del café, o del pan. O con la mano: con la imagen misma de la mano de una mujer... Sería fácil concebir que un hombre descubre el amor a partir de la contemplación de la mano de una mujer en cierta postura, con determinados movimientos y efectos de cosmética o de luz. Y sería fácil concebir un hombre cuya única experiencia del amor fuese el enigma perceptual que lo une a la contemplación de una mano, que ya no sería una mano humana sino una mano contemplada por un humano y tal vez por ello más humana. Hay un exceso de humanidad en las manos de esta era de ocio excesivo y exceso de

circulación de imágenes. Todo esto terminará derrumbándose y la mano amada concebida en estos pocos siglos de vida urbana y ocio pasivo puede desaparecer junto a tantos otros equívocos de la vida. Pero aquí estamos vivos y él allí, respirando un aroma armonioso de sábanas de hilo que hace de fondo a los olores de café y azúcar quemada de la piel del cuello y los labios de la mujer, y anticipando que otra vez el olor de su cuerpo y sus órganos volvería a predominar. Ya comenzaba a aparecer: en la nuca, sobre los hombros. También había un resto de menta o mentol, venido de su propia piel. No champú. El champú de las mujeres no persiste más allá de un par de horas y en cualquier caso, desaparece con el sueño y aun más pronto con el sexo. El arte de la cosmética tiene complejos tratos con la duración. Ingenuamente se supone que la persistencia es una virtud, una suerte de meta del arte y de la industria de las fragancias. Pero esto no es así. Los aromas deben ir atenuándose tan armónicamente como se conjugan entre sí y con los distintos olores de los cuerpos y del mundo. El ideal del aroma de champú parece ser su estallido en el momento de su espumosa aplicación para dar lugar, con el secado de los pelos, a una levísima evocación que vaya desapareciendo al cabo de unas pocas horas. Lo mismo ocurre con la vida. La vida, en este punto del universo que puede suponerse el único donde se ha manifestado, también parece obedecer a un plan de estallar y cesar. Cada especie dispone de un programa que fija límites de duración a la vida de cada uno de sus miembros. Se habla de un «reloj biológico» que regiría, para cada especie, los eventos del crecimiento, la floración, la retracción periódica de las funciones y las emergencias de su eclosión y de su envejecimiento y muerte. Es un reloj que, salvo en los relatos de la única especie que pudo reflexionar sobre la vida, no existe en lugar alguno, pero, igual, marca inexorablemente los hitos vitales de cada cosa viva.

Todo funciona según un plan y lo hace más perfectamente en tanto no hay plan. Pero para nuestra vida, que no obedece a un plan, es indispensable proceder como si lo hubiera. Este olor, volvió a pensar, está planificado para desaparecer al cabo de unos pocos minutos. Y a ella tal vez también convenga imaginarla como si estuviese planificada para mutar y desaparecer.

Pero ahí tenía visible la superficie impecablemente blanca de los ojos, como un emblema de salud, autonomía y eternidad.

—Nadie la tiene igual. Yo tengo como una tela de cebolla, arrugada. Y medio transparente: si leo un rato o miro la pantalla del computador, me aparecen como telarañas rojizas, venitas...

—Arterias —corrigió ella.

—Es cierto —dijo él y dejó de mirarle la superficie blanco perlada de los ojos, fijando la vista en sus iris. Pensó en el amor. ¿Qué es el amor?, se preguntaba de un modo medio cifrado, sin palabras. En cambio, dijo—: Arterias... ¡nunca chupé una arteria ni una vena! Ustedes tienen esa ventaja. Yo tengo venas a la vista y me parece que a mucho menos de un milímetro de la piel.

—Yo cuando chupo nunca miro... Miro a los ojos... O cierro los ojos.

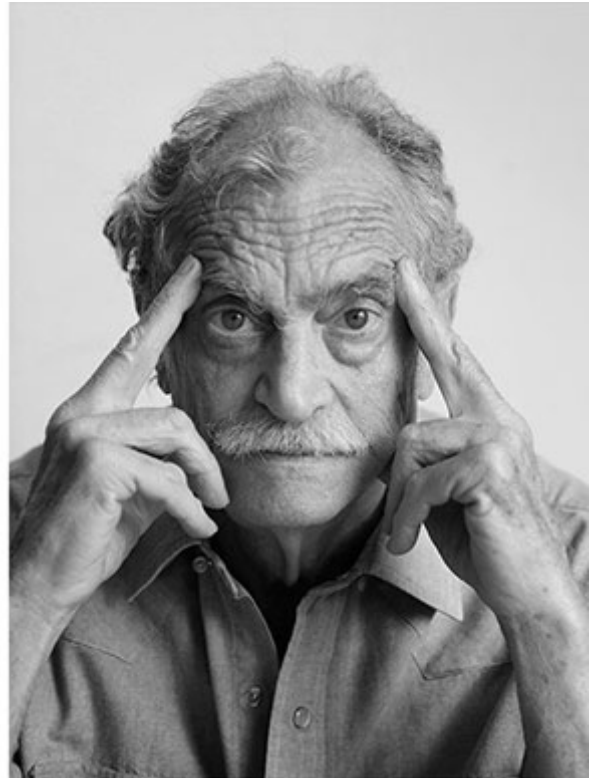
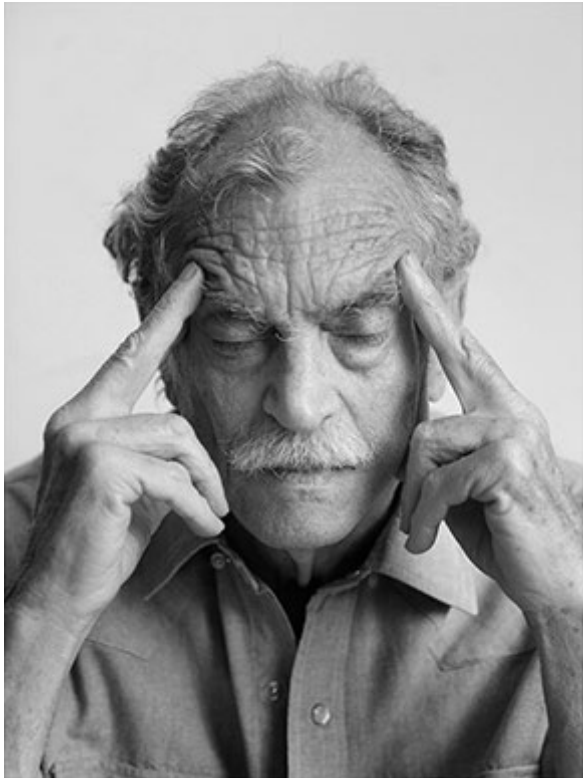
Siempre pensó que cuando las mujeres cierran los párpados para concentrarse en su placer quedan abiertas a la emergencia de imágenes que terminarían armando una suerte de armonía musical con sus sensaciones gustativas, táctiles y olfativas. A su modo, serían verdaderas ejecutantes de una serie melódica que evoluciona con las peripecias del momento sexual. Música inaudible de la mujer (película muda: el pasado), requiere un arte musical en el hombre, que sería el instrumento de recomponerla en su imaginación. Pilar, recién bañada, ya sin señales de su champú y oliendo apenas a café y pan tostado se le representaba como un silencio musical, y parecía ofrecerle el cuerpo como un prodigioso sintetizador de efectos y secuencias sobre el que su propio cuerpo obraría como un mero disparador. Ella volvía a hablar de abrir y cerrar los ojos y él, pensando en la palabra «disparar», apuntó a su cuello con el índice de la derecha. El pulgar, elevado en ángulo recto, hacía las veces de gatillo.

Ya no hablaba más de ojos ni lo miraba. Había fijado la vista en su dedo y entornaba los párpados como para apretar la imagen de esa mano-pistola. Pero no disparó: dejó la silla apartándola con una flexión de piernas y, ya de pie, bordeó la mesa yendo lentamente hacia ella, como si estuviese siendo remolcado por la tensión de su dedo índice.

Capa de piel del cuello. Una delgada capa de piel semitransparente cubre músculos, tendones, cartílagos y gruesas arterias. Trazando una perpendicular imaginaria desde el orificio del oído hacia el hombro, allí, un par de centímetros bajo el lóbulo de la oreja la yema del dedo reconoce un canal bajo el que late la carótida. Allí se entreteje un paquete de vasos y nervios. Y allí el dolor se anuda con el placer y el miedo. La meta es transmitir con la presión del dedo eso: el miedo que se anuda con el placer-dolor vivido, provocado.

El miedo: todo eso, todo aquello, se derrumbará. Pero entre los estertores del derrumbe seguirá habiendo intervalos en los que el dolor, el miedo y el

asombro por todo lo que se perderá inevitablemente dejan lugar para que la vida recupere su pulso: aparecer, brillar, crecer y marcar su paso antes de borrarse.



FOGWILL (Quilmes, Argentina, 1941 - Buenos Aires, Argentina, 2010). Fue Sociólogo y profesor titular de la UBA. Dirigió la editorial Tierra Baldía. Publicó, entre otras novelas, *Los pichiciegos*, *Vivir afuera*, *En otro orden de cosas* y *Runa*. Publicó las colecciones de cuentos *Mis muertos punk*, *Música japonesa*, *Ejércitos imaginarios* y *Pájaros de la cabeza*. Reunió su narrativa breve en *Cuentos completos*. Póstumamente, fue publicada su *Poesía completa* y los libros *La gran ventana de los sueños*, *Nuestro modo de vida* y *La introducción*. Sus ensayos e intervenciones de prensa fueron publicados en *Los libros de la guerra*.

En 2003 obtuvo la Beca Guggenheim y en 2004 el Premio Nacional de Literatura.